



Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976

Author(s): Guillermo O'Donnell

Reviewed work(s):

Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 16, No. 64 (Jan. - Mar., 1977), pp. 523-554

Published by: [Instituto de Desarrollo Económico y Social](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/3466679>

Accessed: 20/07/2012 15:20

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at
<http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Instituto de Desarrollo Económico y Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico*.

<http://www.jstor.org>

ESTADO Y ALIANZAS EN LA ARGENTINA, 1956-1976 *

GUILLERMO O'DONNELL **

I. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es una prolongación de la perspectiva histórica que he utilizado en un libro recién terminado. En él estudio el intento, iniciado en 1966, de implantar y consolidar en la Argentina lo que he llamado un Estado "burocrático-autoritario"¹. Sus modalidades de alianza con la gran burguesía doméstica y con el capital internacional, sus impactos sociales y, finalmente, su colapso a partir de las grandes explosiones sociales de 1969, los he comparado con las experiencias del Brasil a partir de 1964, de Chile 1973 y, en la medida en que la escasa información disponible lo ha hecho posible, del Uruguay actual.

No puedo detenerme aquí en los aspectos ya mencionados. Lo pertinente aquí son las diferencias específicas del período burocrático-autoritario argentino de 1966 con los restantes, y que ellos a su vez permiten entender un poco mejor las razones por las que en las últimas décadas han fracasado una y otra vez los intentos de establecer cualquier tipo de dominación política (o, lo que es lo mismo, cualquier tipo de Estado) en la Argentina².

En las páginas que siguen no se encontrará un análisis e intento de explicación de coyunturas. El presente trabajo se coloca en otro nivel de análisis: el de las tendencias de largo plazo que enmarcan a dichas coyunturas y, a la vez, permiten ligarlas con el proceso histórico en el que han emergido y se han disuelto. Expliquémonos. En el libro ya mencionado señalo algunas diferencias espe-

* Presentado en el Simposium sobre Estado y Desarrollo en América Latina, Universidad de Cambridge, 12-16 de diciembre de 1976.

** Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), Buenos Aires.

¹ Para una caracterización ya publicada de este tipo de Estado, cf. GUILLERMO O'DONNELL: "Reflexiones sobre las tendencias generales de cambio del Estado burocrático-autoritario". *Documento CEDES/G.E. CLACSO* N° 1, Buenos Aires, 1975. Un ejercicio previo, que hoy me parece en diversos sentidos insuficiente, en GUILLERMO O'DONNELL: *Modernización y autoritarismo*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.

² Desde una concepción que considera *per se* preferible cualquier dominación sobre la "inestabilidad política", esto no puede sino parecer consecuencia de una patología particularmente aguda. El inventario de los trazos psicológicos de las "masas y las elites" que conformarían esa patología ha sido una de las ocupaciones favoritas de influyentes corrientes de las ciencias sociales (cf. entre muchos otros JEAN KIRKPATRICK: *Leader and Vanguard in Mass Society*, The Mit Press, Cambridge, USA, 1971) y de los apocalípticos lamentos de la derecha argentina. Tampoco han aportado mucho ciertas visiones del problema de la dependencia como un *deus ex machina* al que sólo basta invocarlo para explicarlo todo (sobre este punto nada mejor que leer las críticas de FERNANDO H. CARDOSO en "Uses and abuses the consumption of dependency theory in the United States", trabajo presentado al Congreso de la Latin American Studies Association, New Orleans, 1976). Han sido más

cíficas del caso de “autoritarismo burocrático” argentino de 1966-1973 en relación con los restantes. Las principales fueron, sintéticamente: (1) el nivel menor de “amenaza”³ previo a la implantación del nuevo Estado; (2) los controles menos severos aplicados al sector popular y sus aliados políticos; (3) el mayor nivel de autonomía del sector popular y de los sindicatos, frente al Estado y a las clases dominantes; (4) la moderada caída de los salarios obreros y la pérdida bastante más abrupta de ingreso sufrida por buena parte de los sectores medios empleados; (5) la rápida alianza que se forjó entre el sector popular y los sindicatos, por una parte, y buena parte de la burguesía doméstica⁴, por la otra, contra el nuevo Estado y, en particular, contra sus políticas típicamente “eficientistas” e internacionalizantes; (6) el agudo conflicto al que se vio pronto lanzado el gobierno —y, a través de él, la gran burguesía urbana— contra la burguesía pampeana, y (7) el decisivo papel que tuvo el peronismo como canal de expresión y movilización de una heterogénea constelación de fuerzas. Estos elementos son fundamentales para explicar los conflictos comparativamente inusitados, que surgieron al interior del nuevo sistema de dominación y, también, las explosiones

fructíferas las reflexiones sobre el “empate” de fuerzas políticas y sociales en la Argentina, sobre todo las que lo han ligado con la problemática gramsciana de la crisis de hegemonía (cf. JUAN C. PORTANTIERO: “Clases dominantes y crisis política en la Argentina”, en OSCAR BRAUN (comp.): *El capitalismo argentino en crisis*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, págs. 73-118). Pero más allá de la descripción de ese “empate” y del trazado de algunas de sus consecuencias, el interrogante que queda en pie —y a cuya respuesta querríamos contribuir— es qué es lo que ha generado las relaciones de fuerzas que habrían producido ese “empate”.

³ El concepto de “amenaza” se refiere al grado en que las clases y actores dominantes internos y externos consideraron que era inminente, y voluntariamente buscada por los liderazgos políticos del sector popular, la ruptura de los parámetros capitalistas y de las afiliaciones internacionales de nuestros países. Cf. “Reflexiones...”, ob. cit.

⁴ Defino como “burguesía doméstica” al conjunto de fracciones de la burguesía urbana que controla empresas de propiedad total o mayoritariamente nacional. La definición excluye, por lo tanto, a las subsidiarias de empresas transnacionales radicadas localmente y a la burguesía agraria (dentro de la cual nos ocuparemos de la burguesía pampeana). La burguesía doméstica debe a su vez ser desagregada, ya que incluye desde las capas más débiles y plenamente nacionales de la burguesía urbana hasta empresas oligopólicas e íntimamente conectadas —por diversos mecanismos que no es necesario analizar aquí— con el capital internacional. Cortando analíticamente de manera diferente, más adelante hablaremos de “gran burguesía” (urbana), refiriéndonos al conjunto formado por las filiales de empresas transnacionales y por esa “capa superior” de la burguesía doméstica. “Abajo” de la gran burguesía queda entonces lo que llamaremos la “burguesía local” o simplemente “débil”, formada por capitalistas que controlan empresas no oligopólicas, de menor tamaño y (casi siempre) de menor densidad de capital que la de la gran burguesía y que, además, no suelen tener conexiones directas con el capital internacional —que las fracciones más débiles de la burguesía sean también las más auténticamente “nacionales” es una de las características centrales del “desarrollo asociado” (cf. FERNANDO H. CARDOSO: *Estado y sociedad en América Latina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1972) de los capitalismo más “avanzados” de América Latina—. Más adelante también nos referiremos a la Confederación General Económica (CGE), organización que a lo largo del período a analizar invocó (aunque con ambigüedades en las que no podremos detenernos aquí) la representación de los intereses de la burguesía local. Para concluir con estas aburridas pero indispensables precisiones cabe aclarar que cuando hablamos de “sector popular” nos referimos a la clase obrera y a las capas empleadas y sindicalizadas de los sectores medios, y que la Confederación General del Trabajo (CGT) es la organización a nivel nacional de los sindicatos y federación de sindicatos obreros y de sectores medios.

sociales y la aguda activación política que, “desde afuera” de ese Estado, provocaron un colapso aún no ocurrido en los otros casos latinoamericanos⁵.

Pero si los factores recién mencionados sirven para dar cuenta de esas diferencias comparativas de corto plazo, es evidente que ellos reclaman a su vez ser explicados. Esto nos remite a tramos históricos más largos, en los que pueden hallarse las razones que hacen inteligible que en 1966 la sociedad argentina tuviera una en muchos sentidos notable capacidad de resistencia a los típicos impactos sociales y económicos del Estado burocrático-autoritario.

II. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

No intentaré aquí contrabandear una síntesis histórica. Simplemente señalaré, como datos que nos darán un punto de partida para el análisis a efectuar, algunos aspectos relacionados con la incorporación originaria de la Argentina al mercado mundial. Esos aspectos entrañaron importantes diferencias específicas originarias de la Argentina⁶ respecto de los restantes casos latinoamericanos; a su vez, dichas diferencias continuaron repercutiendo, engarzándose con acontecimientos más contemporáneos, sobre algunas características del capitalismo, la estructura de clases y, también —centralmente para nuestro tema—, sobre los recursos de poder y las alianzas políticas posibles en la Argentina.

Permítaseme enunciar sin fundamentación las características diferenciales y los contrastes comparativos que más interesan para nuestro análisis⁷.

(1) Como los restantes de América Latina, el capitalismo argentino se expandió al ritmo y con las características impuestas fundamentalmente por la incorporación, como exportadoras de productos primarios, de algunas de sus regiones. Esto permite trazar una primera gruesa distinción respecto de las vastas regiones de América Latina que no quedaron vinculadas directamente⁸ al mercado mundial, entre las cuales sólo haremos algunas referencias a la hacienda andina. Dentro de las que fueron vinculadas al mercado mundial como exportadoras de productos primarios, el sistema de la estancia⁹ de la pampa argentina y del

⁵ Aunque sí ocurrido en Grecia, un caso que tiene significativas coincidencias con el que examinaremos aquí.

⁶ Y de Uruguay, al que volveremos a referirnos escuetamente. Es necesario aclarar que en las referencias comparativas que iré haciendo no incluyo a México. La razón es, simplemente, que no creo conocer suficientemente este caso como para aludirlo aquí.

⁷ Las fuentes principales a partir de las cuales el lector interesado podría rastrear estos temas son TULLIO HALPERIN DONGHI: *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid; CARLOS DÍAZ ALEJANDRO: *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, Yale University Press, New Haven, 1970; y la serie de volúmenes sobre *Historia Argentina* publicada por Editorial Paidós, Buenos Aires.

⁸ Cuando hablamos de incorporación o vinculación “directa” queremos referirnos al papel que algunas regiones cumplieron como plena “parte” (exportadora) del sistema capitalista mundial. Esto por supuesto no implica negar el papel que cumplieron como importadoras de productos del centro, ni los impactos a que estuvieron sujetas —muchas veces a través de las regiones directamente incorporadas— las que no se vincularon de esta manera al mercado mundial.

⁹ Que corresponde cercanamente al tipo del *ranch* delineado por ARTURO STINCHCOMBE: “Agricultural enterprise and rural class relations”, en *American Journal of Sociology*, vol. 67, septiembre 1961.

Uruguay tuvo conocidas diferencias respecto de los enclaves y plantaciones (cuyos subtipos nos permitiremos ignorar), prevaecientes en el resto del continente como modalidad habitual de incorporación al mercado mundial. De esas diferencias señalamos: (1.1.) La estancia fue menos trabajo-intensiva que la plantación y la hacienda; (1.2) fue también menos intensiva en capital y tecnología que la plantación y el enclave; (1.3.) en gran medida por esto último, el control del principal recurso productivo (la tierra) quedó, en la pampa argentina y en el Uruguay, en manos de una temprana burguesía agraria local, en tanto que el enclave y la plantación solieron ser propiedad directa del capital internacional y la hacienda quedó en manos de una oligarquía escasamente capitalista; (1.4.) ese hecho, combinado con las ventajas comparativas en el comercio internacional derivadas de una alta tasa de renta diferencial, dieron a la burguesía pampeana y a la uruguaya una importante base propia de acumulación de capital, y (1.5.) lo cual a su vez —aunque no dejaba de filtrar su cuota de dependencia a partir del control por el capital europeo de los mecanismos de transporte, financiación y comercialización internacional de sus productos— hizo que la acumulación agraria impusiera la emergencia de un sector urbano, comercial e incipientemente industrial, significativamente más rico y diversificado que el de las economías que giraron alrededor de la hacienda, el enclave y la plantación. Estas características son bien conocidas ¹⁰, pero de ellas derivan otras a las que se ha prestado menos atención.

(2) La economía exportadora de lanas y cereales —y más tarde también de carne— cubrió una parte proporcionalmente mayor del territorio nacional que la que abarcaron las otras economías de exportación latinoamericanas. Sobre todo, abarcó una cantidad y proporción mucho mayor de las respectivas poblaciones: las zonas no directamente incorporadas al mercado mundial tuvieron en la Argentina un peso económico y demográfico mucho menor que en el resto de América Latina. A lo cual debe agregarse que siempre fue escasa en aquel país la incidencia del campesinado, sujeto a relaciones precapitalistas de producción y a condiciones de vida misérrimas, que caracteriza a buena parte del resto del continente. El que una proporción significativamente mayor de la población haya quedado insertada en su particular economía de exportación equivale a afirmar que desde fines del siglo XIX la Argentina fue un caso de homogeneidad intranacional significativamente mayor que el resto de América Latina ¹¹. A pesar

¹⁰ Sobre todo a partir del importante libro de FERNANDO H. CARDOSO y ENZO FALETTO, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1969; allí puede encontrarse la caracterización de los tipos de economía exportadora que acabo de mencionar; una importante contribución reciente sobre este tema es la de Albert Hirschman, quien adapta elementos de *staple theory* a su concepto de "vinculaciones" (*linkages*), ampliado para incluir relaciones no estrictamente económicas, y desde allí explorar las consecuencias intranacionales atribuibles al tipo de producto de exportación con el que se produjo en diversos casos la incorporación al mercado mundial; desgraciadamente este autor no se ocupa de los productos pampeanos y uruguayos; ver ALBERT HIRSCHMAN: "A generalized linkage approach to development with special reference to staples", Institute for Advanced Study, Princeton, 1976.

¹¹ Con la excepción del Uruguay, un caso de aún mayor homogeneidad intranacional, si se considera que prácticamente todo su territorio y su población quedaron incorporados al mercado mundial en condiciones similares a la región pampeana argentina. Otra excepción, aunque parcial y más complicada, es la de Chile, donde a la alta homo-

de los avatares posteriores, esta mayor homogeneidad intranacional sigue siendo notoria ¹².

(3) Pero, además, la importante base de acumulación local que daba el control directo de la tierra, la alta productividad internacional de ésta hasta aproximadamente 1930 ¹³ y los escasos requerimientos de trabajo implicados por su modalidad, "extensiva", de explotación, fueron decisivos para que la región pampeana —incluso sus centros urbanos— fuera internamente más diversificada y próspera que las del enclave, la plantación y la hacienda. Basta para fundamentar este aserto el que los salarios en la zona pampeana y en los centros urbanos argentinos fueron, hasta aproximadamente la Segunda Guerra Mundial, más altos que los de buena parte de los países europeos ¹⁴, en tanto los del resto de América Latina —si y cuando se establecieron relaciones salariales— fueron muy inferiores. Con ello señalamos que no sólo la homogeneidad intranacional fue significativamente mayor sino también que, "adentro" de la región directamente incorporada al sistema capitalista mundial, la Argentina fue más diversificada y generó un nivel de ingreso significativamente mayor de su sector popular. Esto a su vez tuvo otras consecuencias: (3.1.) Hacia comienzos del siglo XX la existencia de un mercado urbano (y, en buena medida, también pampeano) plenamente capitalista y de ingresos comparativamente altos, indujo un comienzo de industrialización que recibió un fuerte impulso de las restricciones a la importación resultantes de la Primera Guerra Mundial (no es cierto que la industrialización argentina "comenzara" con la crisis mundial de 1930; lo hizo antes, y

geneidad de su región central, de una economía agraria en su origen parcialmente orientada a la exportación de alimentos, se agregaron hacia el último tercio del siglo XIX (en contraste con Argentina y Uruguay) la regresión de esa economía agraria y los enclaves mineros del norte (los que, a diferencia de los otros casos de enclave, se insertaron en un mercado y un Estado nacionales ya formados alrededor de la zona agraria central). Por su lado, la mayor homogeneidad intranacional del Uruguay permitió allí una eclosión más temprana y más plena del Estado "liberal" y "benefactor". Pero eso mismo provocó la eclosión, más aguda y temprana que en la Argentina, de los problemas que se ocultaban tras las respectivas bonanzas iniciales. Además, la menor dimensión absoluta del mercado interno uruguayo fue decisiva para que su industrialización se interrumpiera bastante antes que en los países "grandes" de América Latina, lo que a su vez determinó que en las últimas décadas el peso relativo de su clase obrera fuera significativamente menor que en la Argentina. Estas diferencias imponen que, a pesar de la similitud de las modalidades originarias de la incorporación argentina y uruguaya al mercado mundial, no podamos continuar aquí con estas referencias comparativas.

¹² Para datos y referencias sobre la mayor homogeneidad intranacional de la Argentina, relativa al resto de América Latina (con la excepción ya señalada), cf. GUILLERMO O'DONNELL: *Modernización...*, ob. cit., cap. I. Para un análisis de las diferencias en la distribución del ingreso y algunos de sus correlatos políticos en América Latina, JORGE GRACIARENA: "Estructura de poder y distribución del ingreso en América Latina", *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, vol. 2, n° 2, agosto 1971.

¹³ A partir de entonces las modalidades cada vez más capital-intensivas de producción de lana, cereales y carne en el mercado mundial implicaron que la productividad por unidad de explotación de Uruguay y la Argentina se fuera rezagando velozmente. Cf. CARLOS DÍAZ ALEJANDRO: *Essays...*, ob. cit.

¹⁴ LUCIO GELLER: "El crecimiento industrial argentino hasta 1914 y la teoría del bien primario exportador", en MARCOS GIMÉNEZ ZAPIOLA (comp.): *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1975.

más tempranamente que en el resto de América Latina¹⁵); (3.2.) Al compás de esto emergió una también temprana clase obrera que, a pesar de que sólo más tarde habría de entrar por derecho propio en la arena política¹⁶, desarrolló patrones organizativos autónomos frente al Estado y a la incipiente burguesía industrial, para lo que se vio favorecida por una fuerte demanda de trabajo que no podía recurrir para satisfacerla —y para debilitar esa organización— a un numeroso y cercano campesinado; (3.3.) Las posibilidades de expansión comercial y financiera, junto con esas primeras actividades industriales —todas las cuales tenían su origen en las nada despreciables tajadas de acumulación de capital retenidas localmente gracias a esta modalidad específica de inserción dependiente en el sistema capitalista mundial—, hicieron que esta economía creciera fundamentalmente al impulso de su propia sociedad civil y de su engarce con la internacional; en otras palabras, el impulso dinamizador de este sistema pasaba relativamente poco por el Estado, como en general tendió a ocurrir —y con muchos más inconvenientes— en las otras economías latinoamericanas. Conviene que nos detengamos un momento sobre este punto.

En el lapso que medió (gruesamente) entre 1870 y 1930¹⁷, el Estado argentino pudo parecerse al Estado liberal de los grandes centros mundiales, en tanto funcionó como un sistema de democracia política más ostensiblemente fraudulento pero con un nivel de participación electoral no inferior al de aquéllos¹⁸, y en tanto —económicamente— no iba más allá de proveer cruciales pero limitadas condiciones generales de funcionamiento del sistema¹⁹. Lo que interesa recalcar

¹⁵ Después de las contribuciones de CARLOS DÍAZ ALEJANDRO (*Essays...*, ob. cit.), éste es un punto pacífico en la historia económica argentina. Ciertamente, lo dicho en el texto admite la excepción parcial de San Pablo, basado en el impulso dinamizador de la economía cafetalera, que no corresponde a ninguno de los tipos genéricos que hemos utilizado (ver ALBERT HIRSCHMAN: "A linkage...", ob. cit.) Pero su utilización de trabajo esclavo, su carácter más trabajo-intensivo que el de la economía pampeana y —en lo que más interesa destacar en nuestro argumento— su inserción en un contexto nacional en el que pesaban abrumadoramente un abundante campesinado y el sistema de esclavitud, contribuyeron para que la capacidad de organización autónoma y el peso relativo —económico y político— de aquella clase obrera fuera significativamente menor que el de la Argentina. No hay características *per se* de una clase, sino determinaciones a partir de las relaciones de estructurada desigualdad con otros sujetos sociales en las que se constituyen mutuamente.

¹⁶ Esto se relaciona con la inmigración española e italiana que alimentó —entre otras— a esta clase y con la orientación anarquista que prevaleció en ella hasta aproximadamente 1920. La fuente principal sobre el tema de la inmigración siguen siendo los trabajos de GINO GERMANI, especialmente *Política y sociedad en una época de transición*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1962.

¹⁷ Es decir, el lapso que medió entre el primer gran impulso exógeno de incorporación de la región pampeana al mercado internacional y a la crisis mundial que cambió las bases de funcionamiento de este sistema.

¹⁸ Cf. ATILIO BORÓN: "El estudio de la movilización electoral en América Latina: movilización electoral en la Argentina y Chile", *Desarrollo Económico*, Nº 46, vol. 12, julio-setiembre 1972, y tesis doctoral, Harvard University, Departamento de Ciencia Política, Cambridge, U.S.A., 1976.

¹⁹ Sobre todo en lo que respecta al tendido de la red de transportes y depósitos necesaria para el embarque de la producción pampeana, cuya captura por el capital internacional el Estado subsidió generosamente. Si los escasos requerimientos de capital y tecnología implicados por la puesta directa en explotación de la región pampeana permitieron el control local de la tierra, los muchos mayores de aquella red (y, más

es que ese Estado fue creatura de la burguesía pampeana y de sus prolongaciones financieras y comerciales en el sector urbano, a través de un proceso que también implicaba la constitución de esa burguesía, y del sistema que dominaba, en apéndice directo y altamente internacionalizado del mercado mundial. ¿Qué quiere decir esto? Para aclararlo debemos recurrir nuevamente a algunas comparaciones. La burguesía pampeana y sus prolongaciones urbanas se engarzaron directamente —constituyéndolo—²⁰ con un Estado nacional, no con el estado regional que en el resto de América Latina fue tantas veces el principal ámbito de poder político de las respectivas clases dominantes. Otro aspecto de esto fue que aquel Estado nacional arrasó —antes, más fácilmente y más plenamente— las autonomías regionales de las oligarquías de las regiones no vinculadas directamente al mercado mundial —que ya he señalado pesaban mucho menos en el conjunto debido al gran peso relativo y al dinamismo económico de la economía sustentada en la región pampeana—²¹. Esto implicó que ese Estado condensara mucho menos que en el resto de América Latina cambiantes y delicadas relaciones de fuerza entre las regiones directamente incorporadas al mercado mundial y las marginadas de aquél. Lo cual a su vez determinó que a la centralidad económica de la burguesía pampeana y sus tentáculos urbanos se agregara, a través del Estado con el que se constituyó, su centralidad política en tanto clase internamente dominante mucho menos contrapesada por las de otras regiones. Finalmente, los desplazamientos en la importancia relativa de los productos de exportación se dieron “adentro” de la zona pampeana y de su burguesía²² y no, como en tantos casos del resto de América Latina, mediante la incorporación de nuevos productos de nuevas regiones, que llevaba a complejas recomposiciones de alianzas con las clases dominantes locales y los segmentos de capital internacional preexistentes.

Pero esta continuada centralidad de la burguesía pampeana entrañó, por la misma modalidad de inserción en el mercado mundial, que esa clase y ese Estado

tarde, de los frigoríficos) determinaron que esto se combinara con un alto y temprano grado de interiorización del capital internacional sobre una “parte” que en la Argentina fue proporcional y absolutamente más amplia que en el resto del continente.

²⁰ Supongo que no hace falta aclarar que no me ocupan aquí los detalles de los respectivos procesos históricos. En particular, el que la nacionalización de Buenos Aires fuera impuesta en su momento por una coalición de provincias del interior y contra la oposición de buena parte de los intereses agropecuarios pampeanos no obsta para que, poco después, con los grandes impulsos exógenos de la demanda europea de alimentos, tuvieran lugar los procesos aludidos en el texto, ni, para que, al compás de ellos, la burguesía pampeana y el Estado nacional se constituyeran mutuamente en tales.

²¹ Incluso en un caso como Brasil, de industrialización también temprana y de gran peso del aparato burocrático del Estado heredado del período imperial, la subordinación de las clases dominantes del Nordeste y la eliminación de las barreras interpuestas por los Estados regionales a la efectiva vigencia de un mercado nacional sólo se completó bastante después de 1930; cf. CENTRO BRASILEIRO DE ANALISE E PLANEJAMENTO (CEBRAP): “Estado y sociedad en el Brasil: la planificación regional en la época de la SUDENE”, San Pablo, 1976. Recuérdese que he excluido a Chile y Uruguay de estas generalizaciones.

²² Por cierto que en esto no operaron sólo factores económicos. Pareciera que su alto peso, condensado en el Estado nacional, respecto de las oligarquías de otras regiones, permitió a la burguesía pampeana “desalentar” por diversos mecanismos la emergencia de otras economías dinámicas de exportación.

tempranamente nacionales fueran también, originaria y constitutivamente, el ámbito principal de la internacionalización de su sociedad y economía. En especial, las características “liberales” del Estado argentino y el fuerte peso relativo de su sociedad civil no pueden entenderse sino a partir de su condición de puntos de engarce de la burguesía pampeana con el capital internacional —que también “estaba allí”, extensamente interiorizado, en su control de la financiación, del transporte y de la comercialización externa de la producción pampeana—. Fue esta constitutiva internacionalización de una región económicamente muy dinámica (a través de las tajadas de acumulación que se retenían localmente) y que incluía (expresando un alto grado de homogeneidad intranacional) a “parte” decisiva de una Argentina casi sin campesinado, lo que permitió, precisamente, que ese Estado tan internacionalizado fuera, hacia las regiones marginadas de ese sistema, temprana y arrasadoramente nacional. La oligarquía andina o la del nordeste de Brasil pudieron controlar diáfana y directamente “su” Estado regional, y el capital internacional del enclave y la plantación tendió a conquistar a un Estado (regional o nominalmente nacional) que surgió no tanto como emanación de, sino como injerto impuesto a una sociedad civil que no tenía una burguesía local dotada de una base de acumulación propia. En cambio, en la Argentina la existencia de esa burguesía como parte de su propia modalidad de incorporación al mercado mundial generó una situación en la que los Estados regionales pesaron poco y en la que el Estado nacional fue uno de los ámbitos cruciales de la alta y temprana internacionalización de un conjunto en el que la economía pampeana abarcó mucho más que las otras economías latinoamericanas de exportación. Por eso —no a pesar, sino como condición misma de su centralidad “interna”— la relación de la burguesía pampeana con el Estado no tuvo la diaphanidad e inmediatez que, cada uno a su manera, impusieron las oligarquías regionales y el capital internacional en buena parte de América Latina. Esto es una manera de reexpresar lo dicho antes acerca del alto grado de diferenciación y de autonomía propia (económica y, empezamos a verlo, también política) de la sociedad civil que se fue plasmando al compás de todo esto ²³.

Termino aquí la esquemática presentación de los datos históricos indispensables para entrar concretamente en tema. Antes de ello sólo es necesario mencionar que, a pesar de que el Estado liberal argentino no sobrevivió a la crisis de la década del 30, los antecedentes que acabamos de resumir permitieron que la Argentina se recuperara de los impactos económicos de esa crisis más rápido y más fácilmente que casi todos los restantes países latinoamericanos. Incluso indujo un nuevo impulso de industrialización sustitutiva de importaciones (facilitada por un mercado interno efectivo ²⁴, comparativamente grande) y de incor-

²³ Por supuesto, si en lugar de hacer estas comparaciones con otras situaciones latinoamericanas las hiciéramos con Australia y Nueva Zelanda, resaltarían mucho más otras dimensiones que la Argentina y Uruguay tuvieron en común con los otros casos del continente; pero para los propósitos de este trabajo, esto último es innecesario. Para algunas comparaciones en esta última dirección, LUCIO GELLER: “El crecimiento...”, ob. cit., y HÉCTOR DIÉGUEZ: “Argentina y Australia; algunos aspectos de su desarrollo económico comparado”, *Desarrollo Económico*, Nº 32, vol. 8, enero-marzo, 1969.

²⁴ Donde el mercado efectivo no es tanto función de la población total como de aquella parte sujeta a relaciones capitalistas y dotada de un ingreso monetario suficiente para acceder al consumo de esos bienes; cf. GUILLERMO O'DONNELL: *Modernización...*, ob. cit., cap. I.

poración de gran parte de la fuerza de trabajo “extraíble” a las regiones no pampeanas. No es el momento de analizar qué es lo que esto tuvo que ver con la emergencia del peronismo sino de entrar, finalmente, al tema central de este trabajo.

III. DILEMAS

Debemos ahora tomar en cuenta dos puntos, fundamentales sobre todo a través de su interacción. El primero ya lo hemos mencionado: esto es, la emergencia en la Argentina de un sector popular, en el que tiene importante peso la clase obrera, dotado de recursos económicos y organizativos significativamente mayores que los del resto de América Latina²⁵— lo cual a su vez resultó de la combinación de los grandes excedentes disponibles y de la mucho menor presión ejercida sobre el mercado de trabajo urbano por parte de un casi inexistente campesinado²⁶—. Si esto fue una “ventaja” para el desarrollo capitalista argentino, su contrafaz era que no sólo fortalecía a su sector popular sino que también implicaba que, cuando la bonanza desapareciera y las condiciones económicas se aproximaran a situaciones de suma-cero, no habría regiones marginales que convuyeran a un campesinado al que se le pudiera cargar parte sustancial del costo de posibles acuerdos internos a la región más plenamente capitalista. Por una parte, la existencia de ese campesinado como disponibilidad actual o virtual de fuerza de trabajo debilita a la clase obrera, facilitando que se le impongan condiciones más rigurosas. Y, por la otra, esa misma existencia entraña una clase mucho más indefensa que la obrera²⁷ para que se le extraigan excedentes que alivien las condiciones de suma-cero a las que puede llegar el “centro” del sistema. El requisito para una y otra cosa es que ese campesinado tenga importante peso numérico sobre el conjunto del sector popular urbano; en caso de no ser así, la libra de carne que de todas formas se le extrae²⁸ no es suficiente para facilitar “soluciones” menos conflictivas al interior del centro.

El segundo punto a señalar —que más abajo veremos desplegarse junto con el anterior— surge de otra particularidad de esta economía: sus principales productos de exportación —cereales y carne— son alimentos que constituyen el principal bien-salario del sector popular. Extraigamos de esto algunas consecuencias todavía muy genéricas. Cada uno de los restantes productos primarios de exportación latinoamericana incide menos sobre el consumo del sector popular y, por lo tanto, también inciden menos los cambios en sus precios relativos internos. Otra consecuencia es que la manera en que inciden esos cambios sobre el consumo popular es en la mayoría de los casos indirecta, mediatizada por me-

²⁵ Como siempre, con la excepción de Uruguay y la parcial —y demasiado complicada para el marco de este trabajo— de Chile.

²⁶ En sentido amplio. No creo necesario prolongar este trabajo con mayores refinamientos conceptuales en este plano.

²⁷ Para la fundamentación de este argumento ver GLAUCIO A. DILLON SOARES: “The Web of Exploitation: State and Peasants in Latin America”, Universidad de Florida, Gainesville, 1976.

²⁸ Ciertamente la Argentina no fue excepción a esto; pero la expoliación de las zonas no pampeanas significó relativamente mucho menos para el centro que en los países de alta heterogeneidad intranacional

canismos difíciles de captar; en contraste, un cambio en los precios relativos de los principales alimentos tiende a ser inmediatamente percibido. La tercera consecuencia genérica es que esa percepción incumbe a un sector popular al que los factores que ya hemos delineado dieron un nivel de ingresos (y por lo tanto, presumiblemente, de expectativas) y de autonomía organizacional (y, por lo tanto, de capacidad de resistencia) significativamente mayores que los de otros casos latinoamericanos. Estamos en condiciones de analizar procesos más concretos.

La crisis mundial de 1930 deprimió exógenamente los precios de los bienes pampeanos. Algo después el gobierno peronista (1946-1955) fue un primer esbozo de problemas que más tarde harían plena eclosión. Primero (1946-1950) el Estado se apropió de parte sustancial del producido de las exportaciones pampeanas, mantuvo deprimidos sus precios internos y con ello aumentó el nivel de ingreso del sector popular y amplió la demanda efectiva de otros bienes, sobre todo industriales. Pero esto no tardó en generar problemas de balanza de pagos, debidos al efecto conjunto del “desaliento” de la producción pampeana y del aumento del consumo interno exportables. Más tarde (1952-1955) se mejoraron los precios agropecuarios, con lo que —por la operación en sentido inverso del efecto conjunto recién señalado— se alivió la situación de balanzas de pagos. Pero esto a su vez generó resistencias por la redistribución negativa del ingreso que implicaba y la reducción del mercado efectivo con que contaba la burguesía urbana.

Algo más tarde, alrededor de 1960, se produjo una gran ola de inversiones extranjeras directas en industria y servicios, que implicaron la rápida internacionalización (mediante capitales y actividades muy diferentes a los que antes se habían asentado en las actividades exportadoras) de la estructura productiva urbana²⁹. Contrariamente a las esperanzas “desarrollistas”, esta nueva etapa resultó en un fuerte aumento de la demanda de importaciones, mayor que la tasa de crecimiento del producto nacional de las exportaciones y de la producción pampeana³⁰. Ante esto la solución económicamente “evidente” —y reiteradamente propuesta como tal— radicaba en un fuerte aumento de las exportaciones que, al levantar el techo de la balanza de pagos, hubiera permitido proveer a esa estructura productiva urbana de las importaciones necesarias para un “desarrollo sostenido”. Supuestos los parámetros capitalistas de la situación, esa solución implicaba, fundamentalmente, encontrar medios para aumentar la producción (y la productividad) pampeana y/o para reducir el nivel de ingreso del sector popular en forma de que, por medio de la reducción del consumo interno de alimentos, quedaran “liberados” mayores excedentes exportables. Pero la simplicidad cartesiana de esas “soluciones” —que fueron intentadas— tropezó con las complicaciones políticas que pasamos a analizar.

²⁹ Nuevamente y como seguirá ocurriendo, es imposible citar aquí toda la bibliografía pertinente. Los datos y las fuentes principales pueden encontrarse en PABLO GERCHUNOFF y JUAN LLACH: “Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas, 1950-1972”. *Desarrollo Económico*, No 57, vol. 15, abril-junio 1975, y en JUAN SOURROUILLE: “El impacto de las empresas transnacionales sobre el empleo y los ingresos: el caso de Argentina”, Organización Internacional del Trabajo (OIT), Ginebra, 1976.

³⁰ Ver, sobre todo, JUAN AYZA, GERARD FICHET y NORBERTO GONZÁLEZ: *América Latina: integración económica y sustitución de importaciones*, CEPAL, Fondo de Cultura, México, 1976, y las fuentes que, desde una perspectiva más específicamente argentina cito en la nota 32.

IV. CICLOS

De la superposición exportables-alimentos-bienes-salario surgieron varias consecuencias fundamentales. En primer lugar, se dio una base objetiva, que además fue subjetivamente reconocida³¹, para repetidas alianzas entre buena parte de las fracciones débiles de la burguesía urbana y el sector popular. Esas alianzas se forjaron alrededor de la defensa del mercado interno contra los efectos recesivos que (por vía del aumento del precio interno de los alimentos y la consiguiente reducción de la demanda efectiva) traía aparejada toda alza importante del precio de los productos exportables pampeanos. En segundo lugar, las movilizaciones del sector popular en defensa del nivel de ingreso y consumo internos realimentaron su capacidad de organización y acción política, a través —como veremos— de parciales pero reiteradas victorias. Una tercera consecuencia fue que la alianza arriba mencionada provocó, y actualizó políticamente una y otra vez, un profundo corte “horizontal”, interno a la burguesía urbana, entre sus fracciones oligopólicas y las más débiles —que encontraron en el sector popular un bienvenido aliado para renegociar sus acomodaciones ante las primeras—. En cuarto lugar, los mismos procesos determinaron la recurrente aparición de otro fundamental clivaje interburgués, al separar los intereses económicos y las metas políticas de corto plazo de la burguesía urbana (incluso de sus fracciones oligopólicas) y de la burguesía pampeana. Esto compuso un mapa de cambiantes alianzas, que se halla en el origen de los “ciclos” económicos y políticos que han llamado la atención a estudiosos de la Argentina³².

³¹ Este fue uno de los temas permanentes en las demandas y publicaciones de la CGE, la CGT y los principales sindicatos desde 1955. Para el período 1966-1973 un análisis más circunstanciado podrá hallarse en mi libro de próxima publicación; cf. también SANTIAGO SENÉN GONZÁLEZ: *El sindicalismo después de Perón*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1971.

³² El tema de los ciclos *stop-go* de la economía argentina ha recibido importantes contribuciones desde diversas perspectivas teóricas. Cf., sobre todo, CARLOS DÍAZ ALEJANDRO: *Essays...*, ob. cit., y *Devaluación de la tasa de cambio en un país semi-industrializado. La experiencia argentina, 1955-1961*, Editorial del Instituto, Buenos Aires, 1966; MARCELO DIAMAND: *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1973; MARIO BRODERSOHN: “Política económica de corto plazo, crecimiento e inflación en la Argentina, 1950-1972”, en Consejo Profesional de Ciencias Económicas, *Problemas Económicos Argentinos. Diagnóstico y Política*, Ediciones Macchi, Buenos Aires, 1974; JUAN SOURROUILLE y RICHARD MALLON: *Economic Policy-Making in a Conflict Society: the Case of Argentina*, Harvard University Press, Cambridge (USA), 1974; ALDO FERRER, et. al.: *Los planes de estabilización en la Argentina*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1969, y JAVIER VILLANUEVA: “Una interpretación de la inflación argentina”, *Revista de Ciencias Económicas*, abril-septiembre 1972. Aunque desde un ángulo diferente, una importante contribución es la de ADOLFO CANITROT: “La experiencia populista de redistribución de ingresos”, *Desarrollo Económico*, Nº 59, vol. 15, octubre-diciembre, 1975. Para intentos de ligar este tipo de análisis con un nivel más específicamente político, OSCAR BRAUN: “Desarrollo del capital monopolista en la Argentina”, en Oscar Braun, com.: *El capitalismo...*, ob. cit., pág. 11-55 y GUILLERMO O'DONNELL: *Modernización...*, ob. cit., cap. II. Desde otro ángulo, la ya mencionada literatura sobre el “empate” político en la Argentina es relevante para el tema. Sin embargo, no es mucho lo que se ha hecho hasta ahora para captar la formación y cambios de las alianzas que han “puesto en movimiento” esos “ciclos”, debido a lo cual los análisis han tenido un marcado contenido economicista o, correlativamente, se han limitado a la descripción de mutuos bloqueos entre actores que parecen flotar por encima de toda determinación estructural.

Conviene que examinemos con algún detalle las afirmaciones precedentes. Un aspecto fundamental —que ya hemos comentado— es que la solución de los estrangulamientos de la balanza de pagos argentina requiere un importante aumento de las exportaciones pampeanas. Sin embargo, al tiempo que desde alrededor de 1960 la demanda de importaciones aumentaba velozmente, aquellas exportaciones lo hacían mucho menos. Esto fue consecuencia, en parte, del aumento del consumo interno de los exportables y, sobre todo, de los escasos avances en la producción y la productividad de la región pampeana³³. ¿A qué se debió esto? Ni el espacio disponible ni mis conocimientos permiten intentar una respuesta satisfactoria; pero lo que parece evidente es que, presuponiendo los parámetros del contexto, una condición necesaria (pero no suficiente) consiste en asegurar a la burguesía pampeana precios “satisfactorios”. La respuesta a qué es “satisfactorio” es ciertamente compleja, pero incluye al menos dos condiciones, también necesarias: una de ellas, que esos precios permitan una acumulación que haga posible la realización de inversiones que vayan aumentando la densidad de capital de la región pampeana y, con ella, su productividad por unidad de explotación y trabajo. El segundo componente —menos obvio pero más importante— es que esos precios sean estables y que sean percibidos como tales al nivel microeconómico. No conozco estudios que lo determinen con exactitud, pero nada hace suponer que, a lo largo del período que estamos comenzando a analizar (1956-1976), la rentabilidad de la burguesía pampeana haya sido inferior a la de la burguesía urbana. Pero lo que el gráfico I muestra con toda claridad es la enorme inestabilidad de los principales precios pampeanos (cereales y carnes), medidos en relación a los precios mayoristas urbanos.

Un fuerte aumento de la producción (y de las exportaciones) pampeana no puede producirse sin convertir a sus estancias en un *agribusiness* mucho más intensivos en capital y tecnología. Si se dejan de lado las consabidas “explicaciones” fundadas en una supuesta “irracionalidad” económica de esta burguesía —que no son otra cosa que el velo de la ignorancia del autor—, parece claro que la respuesta debe hallarse al nivel de los parámetros que rigen sus decisiones microeconómicas. Por su parte, ellos no resultan de alguna “necesidad” económica sino de las luchas con que se han tejido las alianzas políticas y los vaivenes de un Estado, que surgen, a su vez, de las especificidades de una estructura de clases originada en los factores que hemos re-umido en las anteriores secciones de este trabajo. Esto es lo que debemos analizar.

La conversión de la estancia pampeana en un *agribusiness* intensivo en capital y tecnología³⁴ entraña decisiones de inversión referidas a un horizonte de tiempo bastante prolongado. La inestabilidad de los precios relativos pampeanos, la memoria histórica de esa inestabilidad y —sobre todo— la acertada predicción

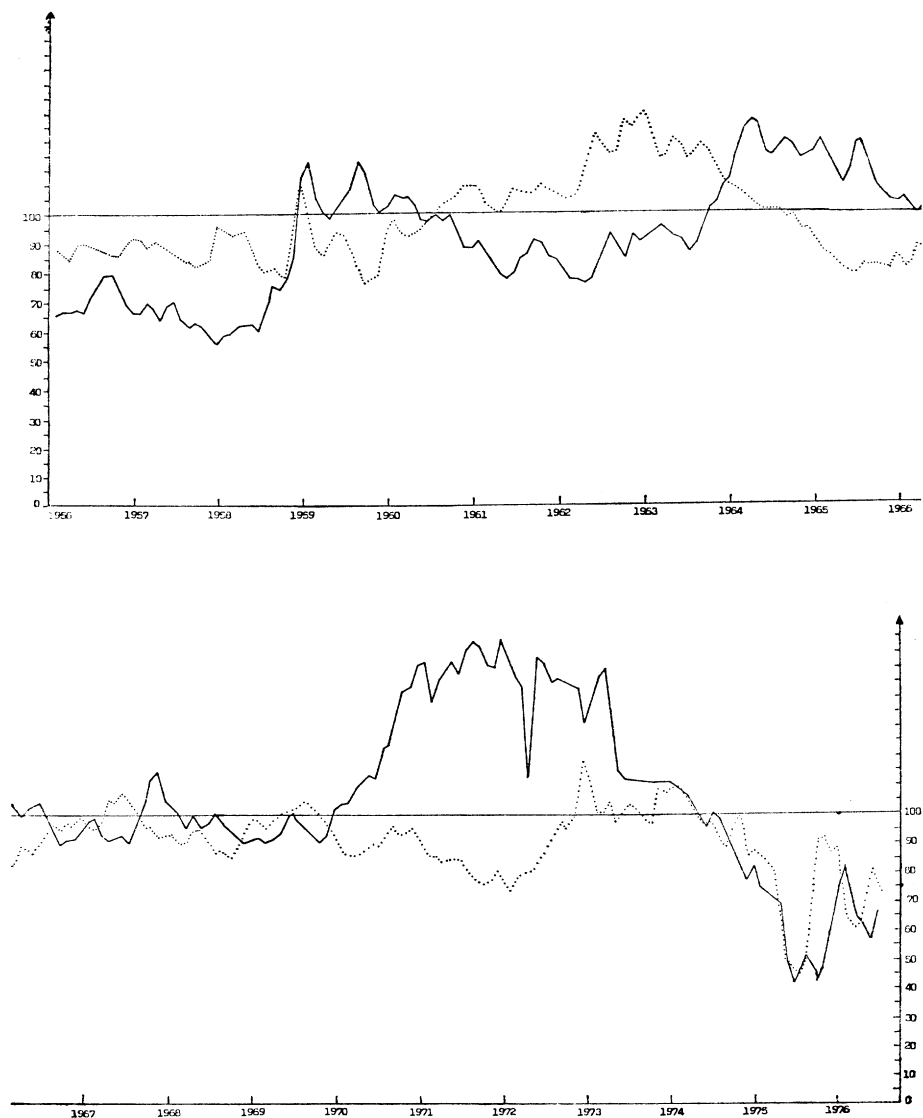
³³ Sobre este tema la principal fuente es el importante libro de CARLOS DÍAZ ALEJANDRO, *Essays...*, ob. cit., donde puede advertirse el lento crecimiento en el cuántum físico de estas exportaciones y el espectacular rezago de la productividad pampeana respecto de sus principales competidoras en el mercado mundial. Ver también RICHARD MALLON y JUAN SOURROUILLE: *Política económica...*, ob. cit.

³⁴ Espero sea claro que estoy al nivel de la clase. Esto es, el cambio hacia un *agribusiness* seguramente desplazaría a no pocos de los individuos que actualmente la componen y aumentaría el grado de concentración de la propiedad de esa tierra, pero todavía podríamos seguir hablando de una (transformada) burguesía pampeana.

GRAFICO 1

Precios relativos en la Argentina, 1956-1976

(Precios mayoristas de ganado y cereales versus precios mayoristas no agropecuarios)



— : Precios mayoristas de ganado $\times 100$
 : Precios mayoristas de cereales y lino

Fuente: Ministerio de Economía: Boletín Trimestral de Estadística y Boletín Mensual. Precios Mayoristas; varios números de ambos.

de la futura continuidad de la inestabilidad de esos precios³⁵, han impedido la toma de esas decisiones. Lo cual a su vez ha determinado que la burguesía pampeana, que fuera inicialmente la vanguardia dinámica y altamente productiva (en términos relativos internacionales durante el período previo a 1930), haya quedado cada vez más lejos de serlo a medida que nos aproximamos a la época actual. Y esto, fundamentalmente, porque dada la mencionada situación de precios relativos fue microeconómicamente racional mantener la modalidad “extensiva” de explotación de esa tierra.³⁶

En el corto plazo el aumento de los precios relativos internos de la producción pampeana entraña —dado el escaso peso económico de las regiones “marginales”— una pérdida neta casi equivalente para el conjunto del sector urbano. La redistribución de ingreso y el efecto recesivo sobre el nivel de actividad que —*ceteris paribus*³⁷— esto entraña, aumenta los excedentes exportables (por vía de su efecto inmediato sobre el consumo interno de exportables) y podría ser el precio a pagar para un aumento en el mediano plazo de la producción pampeana (al satisfacer la condición necesaria de apropiación de precios “satisfactorios” y, sobre todo, estables, por la burguesía pampeana). Este precio no sería demasiado oneroso para las fracciones oligopólicas de la burguesía urbana. Estas tienen objetivo interés en que se levante el techo de la balanza de pagos porque, como ya he mencionado, tienen un alto coeficiente de importaciones y porque, además, ese coeficiente tiende a aumentar su elasticidad con el aumento de las respectivas producciones³⁸. Por otra parte, las recesiones y redistribuciones de ingreso que suelen acompañar al aumento interno del precio de los alimentos castigan menos

³⁵ Las demandas y declaraciones de las organizaciones de la burguesía pampeana de, por lo menos, los últimos veinte años, son un reiterado lamento por las fases del ciclo en las que no reciben precios remunerativos, y por la perpetua inestabilidad de éstos, siempre sujetos a “demagógicas” políticas públicas.

³⁶ Cf. los estudios microeconómicos citados en los trabajos que menciono a continuación. La cuestión es sin embargo más complicada, como surge de la polémica sostenida en las páginas de *Desarrollo Económico* entre GUILLERMO FLICHMANN (“Modelo de asignación de recursos en el sector agropecuario”, vol. 10, Nº 39-40, octubre-diciembre 1970, y “Nuevamente en torno al problema de la eficiencia en el uso de la tierra y la caracterización de los grandes terratenientes”, vol. 14, Nº 54, julio-septiembre 1974), OSCAR BRAUN (“Comentario al trabajo de Guillermo Flichman”, vol. 10, Nº 39-40, octubre-diciembre 1970, y “La renta absoluta y el uso ineficiente de la tierra en la Argentina”, vol. 14, Nº 54, julio-septiembre 1974) y JUAN CARLOS MARTÍNEZ, et. al. (“Nuevamente en torno al problema de asignación de recursos en el sector agropecuario pampeano”, vol. 16, Nº 61, abril-junio 1976). El punto central para nuestro análisis es que la renta diferencial de que todavía goza la región pampeana y, en especial, las grandes fluctuaciones del conjunto de la economía y la alta (y errática) tasa de inflación, determinan que la compra de tierra pampeana sea una excelente colocación especulativa —y defensiva contra los efectos de la inflación— de los excedentes urbanos y agrarios. Esto concurre a reforzar la racionalidad microeconómica de mantener la modalidad “extensiva” de explotación de esa región. Pero —y esto es lo que cabría agregar a los autores recién citados desde la perspectiva en que se coloca este trabajo— el tema que ellos discuten es analíticamente una consecuencia (aunque a lo largo del tiempo los realimenta) de los factores económicos y políticos que analizamos aquí.

³⁷ Más abajo complicaremos esta cuestión mediante la introducción de otros factores.

³⁸ En otras palabras, no sólo ese coeficiente es alto sino que aumenta con elasticidad mayor a 1.0 con aumentos en su nivel de producción; cf. JUAN AYZA et al.: *América Latina...*, ob. cit.

a estas fracciones oligopólicas que a las más débiles. En efecto, las primeras tienen recursos económicos y acceso preferencial al crédito interno e internacional³⁹ que les permiten sobrellevar la recesión y, de hecho, ampliar en su beneficio la concentración y centralización del capital⁴⁰. Además, y aunque ésta es una generalización que en un análisis más fino requeriría algunas calificaciones, las fracciones oligopólicas de la burguesía urbana dirigen una mayor parte de su producción y oferta de servicios a los estratos de consumo relativamente altos, cuyo nivel de ingreso es poco afectado, absoluta y porcentualmente, por el alza del precio de los alimentos. Esto da base objetiva para una alianza de largo plazo entre la gran burguesía urbana y la burguesía pampeana, que podría emprender la “modernización” del capitalismo argentino por la vía simultánea del aumento de la concentración del capital en el sector urbano y de la conversión de la última hacia un *agribusiness*. Sin embargo, al menos hasta 1976, esa alianza sólo se forjó por lapsos cortos, para disolverse rápidamente en situaciones que colocaron a estas dos fracciones “superiores” de la burguesía argentina en campos políticamente diferentes. ¿Por qué este apartamiento de lo que indicaría la “lógica económica”? Fundamentalmente, porque esa alianza ha sido enfrentada una y otra vez por otra —constituida básicamente por el sector popular y por las fracciones débiles de la burguesía urbana— que, a pesar de su subordinación económica, ha podido imponer políticamente condiciones suficientes como para que aquella alianza no pudiera sostenerse más allá del corto plazo. En el contexto latinoamericano esta ha sido una de las originalidades de la Argentina (y, con sus características propias, del Uruguay), la que sólo puede ser entendida a partir de la perspectiva histórica que hemos resumido en la secciones anteriores; pero aún nos falta introducir nuevos elementos para completar nuestro análisis.

Este es el momento de comenzar a referirnos a los procesos a partir de los cuales se han ido planteando esos dilemas y conflictos. Los períodos de bajos precios internos de los alimentos y de tasa de cambio estable han sido, no casualmente, los de mayor tasa de crecimiento del producto nacional, de distribución más igualitaria del ingreso y —hasta aproximarse al final del ciclo— de menor tasa de crecimiento de la inflación⁴¹. Pero también han conducido a una crisis de balanza de pagos que, a medida que se avecinaba, generaba la implantación de una serie de “controles” (sobre todo de precios internos y cambiarios) que, sin embargo, no logró impedirla. Desencadenada esa crisis, se la trató con una abrupta devaluación que (con la excepción que mencionaremos) implicó un correlativo aumento del precio interno de los exportables. Estas devaluaciones fueron parte de “programas de estabilización”, que profundizaron los efectos recesivos y redistributivos de la devaluación mediante otras medidas (fuerte iliquidez, reducción del déficit fiscal, congelamiento de salarios y aumento de la tasa real de

³⁹ Para datos sobre este punto cf. esp. FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS PARA AMÉRICA LATINA (FIEL): *La financiación de las empresas industriales en la Argentina*, Buenos Aires, 1971, y MARIO BRODERSOHN: “Financiamiento de empresas privadas y mercados de capital”, Programa Latinoamericano para el Desarrollo de Mercados de Capitales, Buenos Aires, 1972.

⁴⁰ Sobre este punto y otros cercanamente conectados, GUILLERMO O'DONNELL y DELFINA LINCK: *Dependencia y autonomía*, cap. III, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973, y las fuentes allí utilizadas.

⁴¹ Cf. los datos pertinentes en MARIO BRODERSOHN: “Política económica...”, ob. cit.

interés) tendientes, por una parte, a consolidar la transferencia de ingresos al sector exportador y, por la otra, a ajustar el nivel interno de actividad económica a la exigua situación de balanza de pagos. Los impactos no sólo fueron recesivos y distributivos sino también inflacionarios (la *stagflation* no es ninguna novedad en la Argentina), sobre todo a través del alza del precio interno de los alimentos provocada por el aumento de su valor de exportación, del alza del precio de los bienes importados y del aumento de la tasa real de interés —en momentos en que, por el otro lado, se trataba de mantener congelados, o sistemáticamente rezagados, los salarios y la recesión aumentaba la desocupación—. En el corto plazo (y, como veremos, en estos procesos nunca hubo más que el corto plazo) la transferencia de ingresos hacia el sector exportador no indujo un aumento de la producción pampeana ⁴²; pero los “programas de estabilización”, a pesar de producir los efectos exactamente inversos respecto de la inflación, tuvieron éxito en aliviar la crisis de balanza de pagos. Claro que ese éxito ocurrió por una vía muy diferente a la que se anunciaba en los discursos oficiales, en las “recomendaciones” del Fondo Monetario Internacional y en las declaraciones de las organizaciones de la burguesía pampeana: esto es, no por un aumento de la producción exportable, sino como consecuencia de la recesión, que disminuía la demanda de importaciones al mismo tiempo que aumentaba los excedentes (sobre todo de alimentos) exportables. Pero todo esto generaba resistencia entre los muchos castigados por estas políticas, al tiempo que el relativo desahogo de balanza de pagos resultante generaba presiones para que se adoptaran políticas de reactivación económica. Consiguientemente, el aumento de la liquidez, el relajamiento de los controles sobre el déficit fiscal, la disponibilidad de divisas, el crecimiento de la ocupación y los aumentos salariales terminaban la fase descendente del ciclo e inauguraban una fase ascendente. Pero esta se precipitaba hacia una nueva crisis de balanza de pagos ⁴³, a partir de la cual otra devaluación, y el consiguiente “programa de estabilización”, inauguraban otra fase descendente... ⁴⁴.

⁴² En realidad la elasticidad-precio de la producción pampeana es nula o levemente negativa en el corto plazo, del que nunca se salió por imperio de estos ciclos. Esto se debe a que para el ganado “un aumento de sus precios relativos en sus precios relativos reduce la oferta y aumenta los stock. Además, un aumento en el stock ganadero implica un mayor uso de tierras para cultivo dada la rigidez de oferta de tierras... Por lo tanto, un aumento en los precios relativos para la carne afecta también negativamente la producción cerealera ya que a la menor oferta de carnes se suma la menor área cultivable agraria” (MARIO BRODERSOHN: “Política económica...”, ob. cit., pág. 28).

⁴³ En contraste con lo que anotamos arriba acerca de las exportaciones, la elasticidad-ingreso de las importaciones es sumamente alta; fue estimada en 2.6 para el período 1947-1967 (CARLOS DÍAZ ALEJANDRO: *Devaluación...*, ob. cit., pág. 356); para el período posterior a 1966, JUAN AYZA et al.: *América Latina...*, ob. cit., pág. 13, con una metodología diferente estiman una elasticidad de 1.8. Un dato que señala cómo se completa por vía del consumo interno este movimiento de pinzas contra la balanza de pagos en la fase ascendente del ciclo es que la propensión marginal a consumir bienes exportables (alimentos, bebidas y tabaco) de los asalariados es de .36 y la de los no asalariados de .16 (CARLOS DÍAZ ALEJANDRO: *Devaluación...*, ob. cit., cap. IV).

⁴⁴ Esta es una apretadísima síntesis del tema principal de los trabajos citados en la nota 31, a los que debo remitirme. Una excelente presentación de los mecanismos operantes en las fases ascendentes y descendentes de estos ciclos —que desgraciadamente llegó a mi conocimiento con el presente trabajo ya sustancialmente terminado— es la de

No era económicamente inexorable que ocurrieran estos ciclos y —menos— que se repitieran. ¿Por qué ocurrieron, entonces? La respuesta a esta pregunta la hallaremos en el centro mismo del tema de las alianzas políticas y de los vaivenes del Estado argentino.

V. PÉNDULOS

Comenzamos por una observación. En cada una de las fases del ciclo la gran burguesía urbana, basada precisamente en las condiciones que la convierten en fracción dominante, ha jugado a ganador. Ya he señalado que —por lo menos— no la perjudican la devaluación y los “programas de estabilización” a la vez que, como apéndice directo o íntimamente vinculado al capital internacional, esa fracción es la que mejor percibe los costos y más teme la posibilidad de una cesación internacional de pagos⁴⁵. Además, esa fracción es la más directamente interesada en que se alivie la crisis de balanza de pagos⁴⁶, al tiempo que la libre transferibilidad internacional de capitales (que ese alivio permite y que los programas de estabilización ortodoxamente anticipan) aumentan aún más sus ventajas de acceso a un crédito internamente nunca tan escaso, y reabre los canales “normales” de transferencia de la acumulación hacia el centro del sistema del que —como fracción que es internamente dominante porque es la más internacionalizada⁴⁷— es más intrínsecamente parte que cualquier otra. En el tramo final de la fase ascendente del ciclo estos factores convierten a esa gran burguesía en aliada de la burguesía pampeana (y del conjunto del sector exportador) en su reclamo de las medidas que originan la fase descendente⁴⁸.

Consiguientemente, ante el desencadenamiento de la crisis de balanza de pagos, la gran burguesía pendulaba hacia los intereses objetivos de la burguesía pam-

MARCELO DIAMAND: “El péndulo argentino: ¿empate político o fracasos económicos?”, dactilografiado, Buenos Aires, septiembre 1976; cf. también MARIO BRODERSCHN: “Política económica...”, ob. cit.

⁴⁵ A la vez que al aproximarse la fase ascendente a la crisis de balanza de pagos surgían controles estatales de precios y de cambios que molestaban particularmente a esta fracción. Lamento no poder extenderme sobre estos puntos; baste tener presente que, en cuanto a los controles de precios, típicos del final de la fase ascendente, ellos sólo podían en realidad intentarse sobre las “empresas líderes”.

⁴⁶ En términos de su alto coeficiente de importaciones y de su fuerte demanda interna de divisas para diversas remesas financieras al exterior —y sin perjuicio de que su mejor acceso a la financiación internacional permita (como ha ocurrido varias veces en la Argentina con las empresas automotrices) realizar excelentes operaciones cambiarias con el Estado en períodos, pre y posdevaluación, de aguda escasez de divisas.

⁴⁷ Incluso “adentro” de la fracción oligopólica de capital privado, las empresas más directa y plenamente internacionales —las filiales de empresas transnacionales— suelen ser las de mayor tamaño (en capital y ventas), las de mayor tasa de crecimiento y las más capital-intensivas; cf. sobre todo JUAN SOURROUILLE: “El impacto...”, ob. cit. Por supuesto, esto no es una originalidad de la Argentina; sobre México ver FERNANDO FAJZYLBER y TRINIDAD MARTÍNEZ TARRAGÓ: *Las empresas transnacionales. Expansión a nivel mundial y proyección en la industria mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, y sobre Brasil, CARLOS VON DOELLINGER y LEONARDO CAVALCANTI: *Empresas multinacionais na indústria brasileira*, IPEA/INPES, Río de Janeiro, 1975.

⁴⁸ Cf. por ejemplo las *Memorias Anuales* de la Unión Industrial Argentina (UIA).

peana, propiciando y apoyando los “programas de estabilización” que transferían una gran masa de ingresos (fundamentalmente desde el *resto* del sector urbano) hacia la burguesía pampeana y —por supuesto— hacia los sectores comerciales y financieros ligados a la exportación de sus productos.

Pero los ya comentados efectos redistributivos y recesivos de esas medidas generaban la reacción de las fracciones débiles de la burguesía urbana y del conjunto del sector popular⁴⁹, al tiempo que el alivio en la posición de divisas hacía factibles las medidas de reactivación económica reclamadas por éstos. Ante ello, la gran burguesía urbana hizo una y otra vez lo que toda burguesía hace sin la tutela de un Estado que le induzca otros comportamientos: atendió a sus intereses económicos de corto plazo, se montó en la cresta de la ola de la reactivación económica —de la que cabe suponer su posición le permitía beneficiarse privilegiadamente⁵⁰— y “dejó hacer” las políticas de reactivación. Con lo cual esa fracción recorría un arco completo del péndulo, sumándose al conjunto del sector urbano y abandonando a la burguesía pampeana a un solitario lamento por el rápido deterioro de sus precios relativos⁵¹; de todo lo cual resultaron las grandes fluctuaciones de precios relativos observables en el gráfico 1.

Acabamos de describir un recurrente fenómeno —la pendulación de la gran burguesía—, pero todavía no hemos intentado explicarlo. Pero podemos desde ya agregar que esos desplazamientos, además de las consecuencias económicas que acabamos de anotar, tuvieron una consecuencia política de la mayor importancia: quebraron una y otra vez la cohesión interburguesa necesaria para la estabilización de su dominación política. Más precisamente, fracturaron esa cohesión entre las dos fracciones “superiores” de esa burguesía (la oligopólica urbana y la pampeana), dotadas de importantes bases de acumulación propias y potencialmente capaces de “modernizar” el capitalismo argentino. Otro aspecto, no menos importante y del que pronto nos ocuparemos, es que esas pendulaciones no sólo abrían “espacio” político para, sino también eran en buena medida consecuencia de, una alianza alternativa-burguesa, popular y obrera.

Insistamos antes sobre un punto central. La alianza de las fracciones “superiores” de la burguesía sólo podría haber rendido fruto en caso de haber perdurado por el tiempo suficiente como para que hubiera avances significativos en la productividad pampeana y, de paso, para que hubiera avanzado aún más la concentración del capital urbano en beneficio de la gran burguesía. Este requisito temporal es el que fue violado por las fluctuaciones de precios relativos. Si bien esto señala la condición necesaria de estabilidad de los precios pampeanos, no prejuzga acerca del nivel de precios desde el que se podría haber inducido la transformación hacia un *agribusiness* de la burguesía pampeana. En la medida en que el énfasis recayó fuertemente sobre la mejora de ese nivel, se generaron los conflictos y pendulaciones que estamos analizando. Por otro lado, dicha trans-

⁴⁹ Que a su vez arrastraban a buena parte de las regiones no pampeanas, que también tenían que “contribuir” a estas transferencias de ingreso.

⁵⁰ Por lo menos, las ramas industriales más concentradas e internacionalizadas solían responder con mayor dinamismo a la reactivación.

⁵¹ El mantenimiento de una tasa de cambio fija —o sistemáticamente rezagada respecto del aumento de precios internos— era el principal mecanismo que revertía los precios relativos en favor de éstos (incluso de los salarios); cf. los trabajos citados en la nota 31.

formación podría haber ocurrido con precios pampeanos relativamente deprimidos, como consecuencia de políticas que la hubieran forzado más estructuralmente. Ese ha sido el sentido de diversos proyectos de gravar diferencialmente la tierra pampeana en función de la producción potencial confrontada con la real de cada explotación. Este camino, por supuesto conflictivo con la burguesía pampeana en su actual constitución, no lo es respecto del conjunto del sector urbano (en tanto no presupone una caída de sus precios relativos), y en el mediano plazo podría haber logrado el aumento de la producción pampeana. Sin embargo, los intentos de implementar diversas variantes del “impuesto a la renta potencial de la tierra” fracasaron repetidamente. Esto debe ser contrastado con lo ocurrido en época reciente en buena parte de los restantes países latinoamericanos, donde el Estado —impulsado por y engarzado con la gran burguesía— ha solido poder imponer la “modernización” de las regiones y de las clases dominantes agrarias⁵². Pero esas clases dominantes eran fundamentalmente clases regionales⁵³ y, aunque cayera temporariamente su producción, ninguna de ellas tenía la enorme incidencia sobre el total de las exportaciones que tiene la burguesía pampeana. Por eso otros Estados latinoamericanos han podido subordinar a esas clases y a los Estados regionales que ellas controlaban directamente, sin por ello bloquear los principales circuitos de acumulación de sus economías ni empeorar demasiado los problemas de balanza de pagos. El caso de la burguesía pampeana ha sido diferente. Ya he señalado su temprana condición de clase propiamente nacional, incluso en lo que hace a su directa vinculación —que los constituyó como tales— con el Estado nacional; esto significó que las luchas interburguesas no tuvieron su ámbito principal entre un Estado nacional y Estados regionales que perdían rápidamente su peso relativo frente al primero, sino en el interior mismo de un Estado nacional que se fracturaba continuamente por imposición de esas luchas. Además, la decisiva importancia de la producción pampeana para el conjunto de la economía y de las exportaciones —un aspecto del escaso peso de otras regiones en la Argentina— determinó que su “desaliento”⁵⁴ ante la caída de sus precios

⁵² Lo cual por supuesto no obstruyó para que no pocos de esos procesos fueran agudamente conflictivos. El punto es que la capacidad de resistencia de esas clases generalmente fue menor que la de la burguesía pampeana y que, además, el costo global en términos del nivel de actividad económica interna y de exportaciones fue más bajo, incluso mientras aquellos conflictos no habían llegado a nuevas reacomodaciones de reestructuración y mayor subordinación de esas clases agrarias a la gran burguesía (para facilitar las cuales se contaba en añadidura con la posibilidad de acentuar la explotación del campesinado). Con sus modalidades, Brasil y Perú ilustran este punto.

⁵³ En el caso de los enclaves no se trató, obviamente, de modernizar el sector de la economía más intensivo en capital y tecnología, sino de renegociar con el capital internacional los porcentajes que podían ser acumulados localmente. En los casos en que (1) se presionó “excesivamente” (llegando o amenazando llegar a la nacionalización, sobre todo), y que (2) el producto del enclave era similarmente importante a la producción pampeana para el conjunto de las exportaciones (Bolivia y, más recientemente, Chile), las consabidas caídas de producción y/o de precios —equivalentes en este plano a los recurrentes “desalientos” de la burguesía pampeana— desencadenaron las consiguientes crisis de balanzas de pagos y sus agudas reverberaciones internas.

⁵⁴ Para la insistencia de la burguesía pampeana sobre su “desaliento” por los precios y por los intentos de “asfixiarla” impositivamente, basta consultar cualquier colección de documentos de la Sociedad Rural Argentina (SRA) y de la Coordinadora de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP), entre otras.

y los intentos de “reestructurarla” por mecanismos impositivos repercutieran de inmediato sobre la balanza de pagos —a la vez que la consecuencia de otra especificidad argentina, el paralelo aumento del consumo interno de los exportables, disminuía aún más las exportaciones potencialmente disponibles en el corto plazo, antes de que por cualquier vía hubiera aumentado la producción pampeana—. Con lo cual llegaba la crisis de balanza de pagos, cuyo alivio por medio de las devaluaciones implicaba no sólo revertir los precios relativos sino también expulsar de la alianza gobernante a los sectores que habían impulsado la reactivación del ciclo. Lo cual implicaba que a partir de ese momento —mientras duraran los “programas de estabilización”— pesaban fuertemente al interior del Estado los intereses inmediatos de la burguesía pampeana. Y ésta, por supuesto, aventaba toda posibilidad de “reestructurarla”, centraba la cuestión alrededor del aumento de sus precios, y con eso sembraba las condiciones que llevarían algo después a una nueva reversión del ciclo... En otras palabras, aunque hace ya bastante tiempo que perdió su condición de vanguardia dinámica del capitalismo argentino, la burguesía pampeana conservó un grado, comparativamente inusitado, de centralidad económica y política. Ese grado fue suficiente —en la defensiva— para bloquear todo intento de “reestructurarla” y —ofensivamente— para montarse en la crisis de balanza de pagos para lograr, periódicamente, masivas transferencias de ingreso en su beneficio. Entretanto, y como consecuencia de todo esto, los canales de acumulación de capital en la Argentina entraban en recurrentes corto circuitos y el Estado bailaba al compás de estos vaivenes de la sociedad civil.

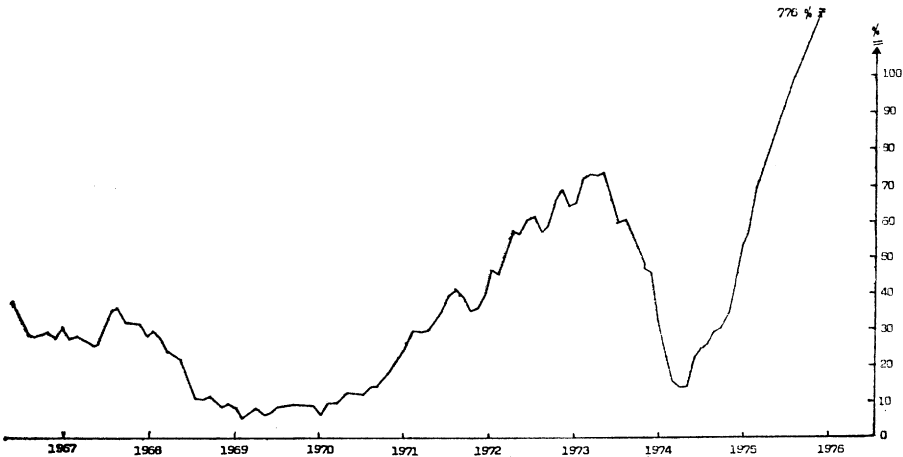
Esto tuvo mucho que ver con algunas de las características del período iniciado en 1966, especialmente con la política económica seguida entre marzo de 1967 y mayo de 1969, durante la gestión como ministro de Economía de Adalberto Krieger Vasena, quien llevó a cabo, con toda diafanidad, una política consonante con la gran burguesía. Esto entre otras cosas implicó que por primera vez una gran devaluación no beneficiara al sector pampeano-exportador. Por el contrario, la devaluación de marzo de 1967 (equivalente al 40 % del valor del peso) fue apropiada íntegramente por el Estado, por medio de retenciones establecidas por un porcentaje equivalente sobre el valor de las exportaciones de productos pampeanos, y utilizado en un sustancial aumento de las inversiones estatales en infraestructura física. Al mantener fijo el precio en pesos de la producción pampeana, esa retención permitió deprimir los precios internos de los alimentos, como puede observarse en los datos correspondientes del gráfico 1. También hizo posible no sólo una rápida reducción de la inflación sino también —en contraste con los otros casos de autoritarismo-burocrático— que sólo se produjera una moderada caída de los salarios industriales (cf. los datos de los gráficos 2 y 3).

Pero ni siquiera entonces esta situación pudo mantenerse y, como puede verse en el gráfico 1, a partir de 1970 los precios pampeanos (en especial los de la carne) rebotaron hasta alcanzar en 1971-1972 un muy alto nivel. Este fue el único intento claro y sostenido de la gran burguesía por “reestructurar” a la burguesía pampeana⁵⁵ subordinándola a su propia acumulación. Pero el resultado fue que esta última quebrara desde adentro la cohesión del Estado burocrático-autoritario y ayudara a un colapso político y económico impulsado “desde afuera”

⁵⁵ Incluso mediante un intento de implantar el “impuesto a la renta potencial” que, como tantas otras cosas, se esfumó con las grandes explosiones sociales de 1969.

GRAFICO 2

Inflación en la Argentina, 1956-1976 *



* Porcentaje de aumento del índice del costo de vida en la ciudad de Buenos Aires. Por ciento cada mes respecto del mismo mes del año anterior.

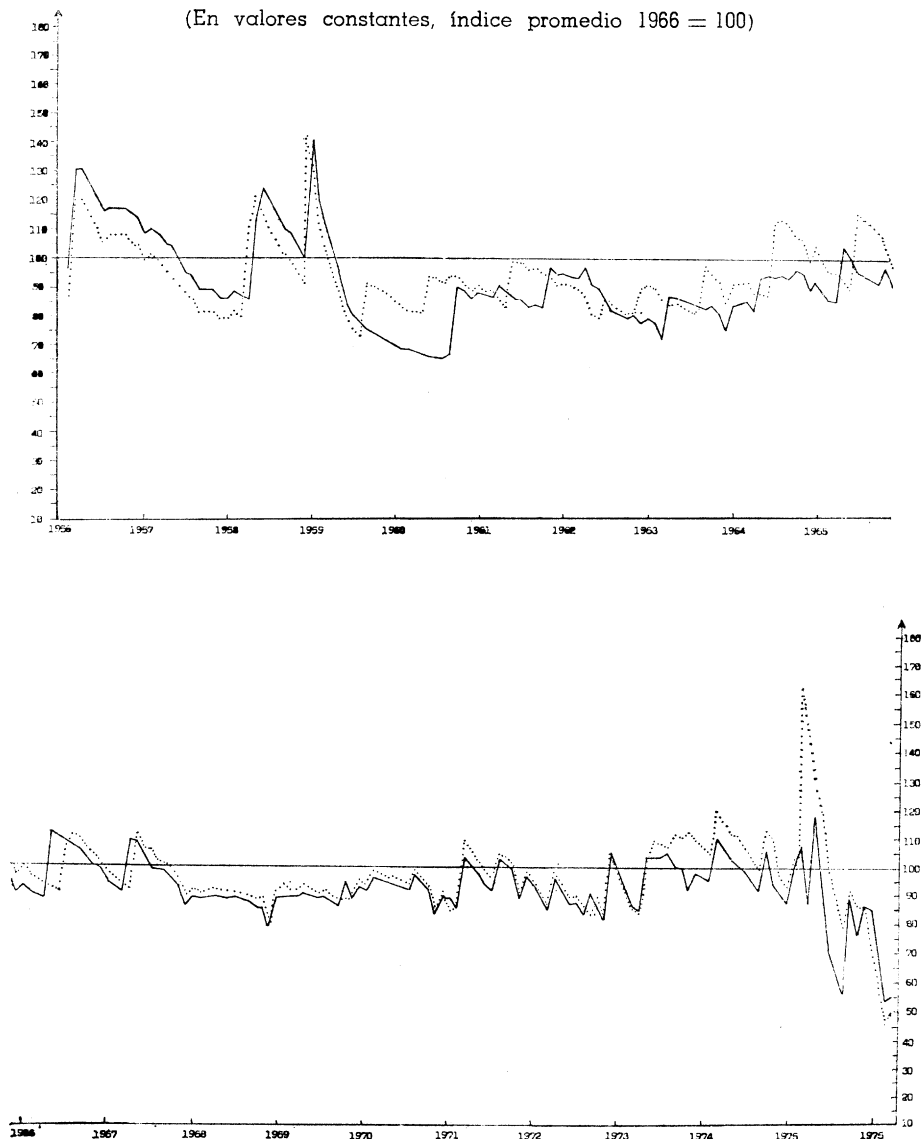
Nota: Los puntos máximos en las partes en que se interrumpe la graficación por problemas de escala son de 126,9 % (1959) y 776,0 % (1976).

Fuente: Ministerio de Economía: *Boletín Trimestral de Estadística* y *Boletín Mensual. Costo de Vida. Ambos Buenos Aires; diversos números y años.*

GRAFICO 3

Series mensuales de salarios industriales seleccionados, 1956-1976

(En valores constantes, índice promedio 1966 = 100)



—: Salario mínimo de convenio del obrero textil, deflacionado mediante el índice de costo de vida de la ciudad de Buenos Aires y luego convertido a índice promedio 1966 = 100.
: Idem obrero industrial metalúrgico.

Advertencia: El indicador aquí utilizado no es un dato adecuado para determinar el nivel de estos salarios, pero permite aproximar las fluctuaciones periódicas.

Fuente: Ministerio de Trabajo: *Boletín de Estadísticas Sociales*, y Ministerio de Economía: *Boletín Trimestral de Estadística* y *Boletín Mensual, Salarios de Convenio*. Todos ellos Buenos Aires; varios números y años.

por otros sujetos sociales⁵⁶. Si esto marcó los límites de una imposición unilateral de supremacía de la gran burguesía sobre la pampeana, la historia de las anteriores devaluaciones —con la transferencia de su producido a la segunda y al sector exportador ligado a ella— por su parte había señalado, al producirse poco después el péndulo de la gran burguesía hacia el polo urbano, que ya era imposible volver a los “viejos buenos tiempos” de supremacía de la burguesía pampeana⁵⁷.

VI. LA ALIANZA DEFENSIVA

Si la centralidad económica y política de la burguesía pampeana marca una importante diferencia respecto de los otros casos latinoamericanos y sus clases agrarias, otra no menos importante surge del mayor grado de indefensión política en que se han hallado en éstos las fracciones más débiles (y netamente nacionales) de la burguesía urbana ante los avances de la gran burguesía. La expansión de la estructura dominante, oligopólica e internacionalizada, de estas economías, no se ha hecho sin castigar diversas franjas del capital nacional ni de aumentar su debilidad frente al capital internacional y al Estado. Esto ha producido quejas y crujidos, pero hasta ahora no se ha traducido en una acción política que desafíe seriamente ese patrón de desarrollo. No ha ocurrido así en la Argentina. La razón de la comparativamente mayor capacidad política de la burguesía local en la Argentina no se halla tanto en ella misma como en las características del sector popular y —un aspecto de lo mismo— en el mayor grado de homogeneidad nacional del caso argentino respecto de los restantes latinoamericanos. Un sector popular urbano más débil, menos organizado y menos autónomo, originado en un gran peso de las regiones marginales y en las numerosas repercusiones de una distribución general de recursos significativamente más desigual (entre esas zonas y el centro, e interna al centro mismo, como ya he anotado), despoja a las fracciones débiles de la burguesía latinoamericana del importantísimo aliado que tuvieron en la Argentina. Este es un punto crucial.

Porque no se trata sólo de que en la Argentina haya habido un sector popular dotado de mayor autonomía y capacidad organizativa que los de buena parte del resto de América Latina⁵⁸. Ocurre también que el mecanismo por el

⁵⁶ No deja de ser incómodo volver a referirme a mi libro recién terminado, pero allí puede hallarse el detallado análisis del período 1966-1972 que aquí tiene que faltar. Para análisis de esta política económica de este período, JUAN CARLOS DE PABLO: *Política antiinflacionaria en la Argentina, 1967-1970*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1972, y OSCAR BRAUN: *El capitalismo...*, ob. cit.

⁵⁷ Otra excepción —menos nítida, pero también ilustrativa— puede hallarse en la política económica seguida durante los años 1964 y 1965. En ella, como puede apreciarse en los datos respectivos de los gráficos 1 y 3, coexistió una buena relación de precios pampeanos con una mejora del salario real, pero esto encontró sus propios límites por el lado de una reducción de la rentabilidad de la burguesía urbana —que impulsó activamente el golpe de 1966, aunque no sólo por esa razón—, en un gran aumento del déficit fiscal y en fuertes restricciones a las importaciones —sobre todo de bienes de capital.

⁵⁸ Por supuesto, sigue en pie la salvedad implicada por las excepciones de Uruguay (por razones similares a las aquí estudiadas) y de Chile (por razones bastante diferentes que no pueden ocuparnos aquí).

cual podría forjarse la alianza a mediano y largo plazo de las fracciones superiores de la burguesía (supuesto que la centralidad de la burguesía pampeana ha impedido, por otro lado, que la gran burguesía la subordinara unilateralmente), pasa por el aumento y estabilización del precio relativo de los principales alimentos internos. Ese aumento dio al sector popular un blanco preciso para su acción política, que ha atascado la esclusa que podría haber conectado los circuitos de acumulación de aquellas dos fracciones. Pero si bien éstas son condiciones necesarias, no son todavía suficientes. Para dar cuenta de la especificidad que nos ocupa hay que ver también cómo esa acción del sector popular se engarzó con los intereses objetivos y la acción política de las fracciones débiles de la burguesía urbana.

Estas fracciones suelen ser duramente castigadas por las recesiones subsiguientes a las devaluaciones y a los "programas de estabilización". Supuesto un alivio de la balanza de pagos, su interés inmediato consiste en un nuevo impulso de reactivación económica, que resulta de políticas que aumentan la ocupación, la liquidez, la disponibilidad de créditos, y que —en general— vuelven a hacer cumplir un papel expansivo a las actividades del Estado. Ese efecto también resulta directamente de los aumentos de salarios; no es sorprendente que esta burguesía trabajo-intensiva apoye esos aumentos si se consideran los costos aún mayores que le implica la recesión. La concurrencia con los sindicatos en el reclamo de aumento de salarios es, además, la prenda que esta burguesía entrega al sector popular para forjar la alianza⁵⁹. Esta burguesía —más o menos débil y más o menos castigada por la expansión del capital oligopólico e internacionalizado— existe en los otros países latinoamericanos, pero sólo en la Argentina encontró un aliado popular dotado de capacidad propia de acción y de intereses inmediatos altamente compatibles con los de aquélla⁶⁰.

Los principales sustentos organizacionales de esta alianza han sido la CGE, la CGT y la conducción nacional de los principales sindicatos. Su primera, principal y tal vez última expresión ha sido el peronismo. No fue la única, ya que —sobre todo en los períodos en que el peronismo fue proscripto— se canalizó en otros partidos y, al interior del Estado, en diversas corrientes "nacionalistas". Y su bandera ha sido la defensa del mercado interno, en el doble sentido de impulsar su nivel de actividad y de acotar la expansión del capital internacional.

Las características de este sector popular y de esta burguesía local no pueden ser entendidas tomando a uno y otra aisladamente. Ha sido su conjunción en

⁵⁹ Desde que esos aumentos salariales impulsan la actividad económica al tiempo que otras medidas permitidas por el transitorio alivio de la balanza de pagos aumentan el nivel de ocupación, poco importan las ortodoxas advertencias acerca de que todo esto realimenta la inflación; máxime que ésta, con una tasa de cambio fija o sistemáticamente rezagada, acelera la reversión de la estructura de precios relativos.

⁶⁰ En Uruguay la menor industrialización, determinada fundamentalmente por el menor mercado interno, debilitó bastante más a ambos actores: la burguesía local ha sido por sí misma más débil y en el sector popular ha pesado relativamente menos la clase obrera. En Chile la expresión política de la clase obrera es a través de partidos marxistas, y la inexistencia, como en la Argentina y Uruguay, de un blanco directo en el problema del cambio del precio relativo de los alimentos, hizo de esta alianza algo más ambiguo y discontinuo. En los restantes países de la región la mayor debilidad del sector popular, herencia de un mayor grado de heterogeneidad intranacional, despojó a la burguesía local de ese fundamental aliado.

el efecto multiplicativo de aquella alianza la que le permitió imponer una y otra vez la satisfacción de demandas inmediatas —hacia las cuales también pendulaba la gran burguesía—. Podemos ahora examinar las características y consecuencias principales de esta alianza.

(1) La alianza fue esporádica pero recurrente. Sólo apareció con nitidez, y con alto grado de coordinación táctica, en las fases descendentes del ciclo, cuando el reclamo de aumentos salariales y de diversas medidas para aliviar “la asfixia del pequeño y mediano empresariado nacional”⁶¹ concurrían a la reactivación del mercado interno a costa del sector agropecuario-exportador. Cuando el ciclo se reactivaba la alianza se diluía, en parte debido a los intentos de esa fracción y de los sindicatos por negociar —individual y corporativamente— ventajas específicas con el Estado y con la gran burguesía, en parte debido a que aquella coincidencia inmediata de intereses daba paso a los efectos de clivajes más “normales” entre estas clases.

(2) La alianza fue defensiva. Surgió contra las ofensivas de las fracciones superiores de la burguesía, postulando una vía “nacionalista” y “socialmente justa” de desarrollo que implicaba pasar por alto lo que era incapaz de problematizar como meta de su acción: la condición ya profundamente oligopólica e internacionalizada del capitalismo del que eran sus componentes económicamente más débiles. Fue defensiva, porque el triunfo de esta alianza se agotaba en sí mismo sin llegar a un sistema alternativo de acumulación; todo lo que lograba era sacar al ciclo de su fase descendente y lanzarlo a su fase ascendente, en condiciones que provocaban ineludiblemente su reiteración.

(3) Pero, aunque defensiva y condenada a que sus victorias fueran el cumplimiento y no la salida del ciclo, esta alianza fue sumamente exitosa. Su historia es la de repetidas victorias de anulación de los “programas de estabilización”, de acotamiento de la expansión interna del capital internacional, de lanzamiento de nuevas fases de reactivación económica y de nuevos “desalientos” de la burguesía pampeana ante la caída de sus precios. Difícilmente pueda extrañar, entonces, que las series de salarios muestren un comportamiento no menos errático que las de los precios pampeanos; sus picos son el resultado de luchas que concretaron aquellas victorias —que, sin embargo, como puede verse en el gráfico 2, no tardaban en precipitarse en las fuertes caídas que muestra esta serie.

Como se desprende de lo que ya hemos dicho, los períodos de alza de los salarios fueron también los de mayor tasa de crecimiento del producto nacional y, en general, de mayor tasa de rentabilidad del conjunto de la burguesía industrial, aunque ella también sujeta al proceso que determinó las fluctuaciones ya observadas, experimentó fuertes vaivenes⁶². En un plano más agregado, la consecuencia de estos procesos puede apreciarse en un fenómeno que descubre así su naturaleza tan intrínsecamente política como económica: la inflación que, como puede verse en el gráfico 3, es aún más notable por sus fluctuaciones —espejo de las que hemos analizado en otros planos— que por su alto nivel tendencial.

⁶¹ Estos son temas y términos recurrentes en las declaraciones y demandas de la CGE; cf., por ejemplo, sus *Memorias Anuales*.

⁶² Al menos utilizando como *proxy* al único indicador disponible para formar una serie temporal prolongada y con intervalos mensuales, la relación entre los precios mayoristas urbanos y los salarios.

En un sentido más profundo, la alianza defensiva fue victoriosa porque impidió que se prolongara la fusión entre las dos fracciones superiores de la burguesía. La gran burguesía, cuando llegó el momento de contrapesar sus beneficios inmediatos en una nueva reactivación de la economía, contra el abismo político que hubiera implicado seguir acompañando a la burguesía pampeana y al sector exportador cuando el resto de la sociedad civil se había fusionado en su contra, optó siempre por “dejar hacer” las políticas que iniciaban una nueva fase ascendente. Una y otra vez, la alianza defensiva quebró “desde abajo” —políticamente— la cohesión de las clases dominantes y —económicamente— la única alianza ofensiva que en este capitalismo pudo —sin entrar todavía a considerar el problema del Estado— haber implantado un sistema de acumulación que implicara la salida de sus ciclos.

(4) La alianza fue policlasista, en el sentido específico de que incluía al sector popular (con un fuerte peso obrero) y a un fundamental componente burgués. Sus recurrentes éxitos estuvieron basados en esa conjunción. Pero, por otra parte, esto determinó que su orientación fuera nacionalista⁶³ y capitalista. Su carácter policlasista, tejido alrededor de una coincidencia táctica para el logro de metas tan precisas como las ya comentadas, tuvo consecuencias fundamentales. Entre ellas, dio base popular a las demandas de la burguesía débil. Esta, con sus reclamos de aumentos salariales y sus públicos acuerdos con los sindicatos, apareció como una fracción “progresista” que, en contraste con las orientaciones “eficientistas” de la gran burguesía y con el arcaísmo de la “oligarquía terrateniente”, parecía encarnar la posibilidad de un “desarrollo socialmente justo”. En cuanto al sector popular (especialmente, los sindicatos y la clase obrera), la condición policlasista de la alianza le dio acceso a recursos y a medios de difusión con los que de otra manera difícilmente hubiera contado. Y, sobre todo, el componente de respetabilidad burguesa que la alianza entrañaba hizo más difícil el control que se ha aplicado a otros sectores populares cuando han actuado aislados y/o en función de otras metas. Por eso señalé arriba que el impacto de esta alianza resultó del efecto multiplicativo de la concurrencia de sujetos sociales que tienen una base propia de recursos (resultado sobre todo de un origen histórico que, como vemos, siguió repercutiendo) y que pudieron coincidir en metas de corto plazo muy concretas y operacionales (resultado sobre todo de las particularidades de las exportaciones y del sector agropecuario argentino). En los otros países latinoamericanos la ausencia de estas condiciones conjuntas ha implicado que la burguesía local careciera de sustentos populares y que el sector popular (más débil, además, por el mayor grado de heterogeneidad intranacional) no fuera políticamente protegido por un activo aliado burgués. Esto a su vez ha permitido en estos casos que la gran burguesía avance arrasadoramente, encontrando —claro está— protestas y conflictos, pero no los límites y las pendulaciones que esta particular alianza le impuso en la Argentina.

(5) La alianza defensiva quedó encerrada dentro de parámetros capitalistas, como resultado de su carácter intrínsecamente policlasista. Esto ayuda a entender

⁶³ Derivada fundamentalmente de la coincidencia en la defensa del mercado interno contra el carácter “externo” e internacionalizado de la actividad exportadora y de la gran burguesía urbana, contra los que se forjaba para impulsar el comienzo de la fase ascendente del ciclo.

por qué el principal canal político de esa alianza, el peronismo, tampoco transpusiera esos límites. Pero esto también resultó de la experiencia reiterada de la victoria y de las subsiguientes derrotas. La activación política del sector popular atrás de las metas de la alianza defensiva, la protección que le acordaba su componente burgués y los cambios de políticas estatales que logró implicaron por un lado un aprendizaje realimentante de esa activación y, por el otro, la solidificación de las bases organizacionales —sobre todo los sindicatos— desde las que se articulaba. Veamos esto un poco más de cerca.

(6) En cuanto al aprendizaje, éste fue función de la fresca memoria de anteriores movilizaciones que lograron revertir la situación salarial y el nivel general de actividad de la economía. Y esta memoria tuvo repetidas ocasiones de actualizarse cada vez que se producía un nuevo giro descendente del ciclo. Esa memoria era, también, la del bajo poder disuasivo de controles que se quebraban en el momento en que el Estado, indicando un desplazamiento de las alianzas gobernantes, lanzaba las políticas de reactivación. Todo esto realimentaba la capacidad y la disposición de activación política del sector popular pero también llevaba a una no menos repetida experiencia de derrota: los períodos de baja de salarios, de aumento de la desocupación y de expulsión de los voceros de la alianza defensiva de la alianza gobernante. Pero —en contraste con el diáfano estímulo implicado por el alza del precio de los alimentos y la caída del salario real—, aquel momento de reversión ocurría por problemas (como la crisis de balanza de pagos) y a través de mecanismos (como la devaluación y la restricción de la liquidez de la economía) mucho más difíciles de captar en su funcionamiento e impactos. El beneficio que derivaba de ellos para la burguesía pampeana y para el sector exportador, así como el ostensible apoyo inicial que prestaba la gran burguesía a cada reversión del ciclo hacia su fase descendente, fomentaba la hostilidad del conjunto del sector popular contra aquéllos y contra lo que implicaban de internacionalizado y de *big business*. A la vez, y por las razones que espero ya sean claras, la alianza no salía de los parámetros ya mencionados. Con ello la explicación de la necesidad de triunfar una y otra vez para volver a ser derrotados tendía a una visión mítica de conspiraciones de “grandes intereses” que tenían una mágica capacidad para derrotar al “pueblo” y trabar el “desarrollo”. La tensión implícita en todo esto tendía a dispararse en unos en dirección a una fuerte radicalización hacia la derecha y en otros hacia un cuestionamiento de los parámetros mismos de la situación. Pero contra estas tendencias operó una gran fuerza centrípeta: el velo que cubría las reales articulaciones del problema era que —como la CGT, la GCE y el peronismo no se cansaron de repetirlo— desde 1955 se había impedido que entre ellos realizaran la versión de desarrollo que, “puesta del lado del pueblo” y ejerciendo un amplio control del Estado, parecía ofrecer la burguesía local. La esperanza de armonización de lo “popular y nacional” contra la “oligarquía terrateniente” y los “monopolios internacionales”, que parecía demostrada por las coincidencias de corto plazo de la alianza defensiva, se expresó en la inusitada vigencia histórica del peronismo y formó la gran ola que en 1973 lo devolvió al gobierno. Para que esto ocurriera fue necesario, además, que en el período precedente la gran burguesía ignorara los límites de su supremacía y pretendiera imponerla unilateralmente, incluso sobre la burguesía pampeana. Las grandes explosiones sociales de 1969-1970 sellaron la

derrota de este intento y forzaron, impulsado por una gran activación popular, el repliegue político de la gran burguesía que —por primera vez, aunque por poco tiempo— dejó en 1973 de ser parte de la alianza gobernante. Sólo entonces podía ponerse a prueba por la positiva la alternativa que los principales portavoces de la alianza defensiva creían implicar.

(7) Más que de ciclos conviene ya hablar de espirales, en tanto —sobre todo políticamente— cada una de estas idas y vueltas, con su historia de triunfos y derrotas siempre provisionarias, fue agudizando los conflictos en los que se alimentaban. Sus actores no fueron clases, fracciones y organizaciones que conservaban, más allá de esas luchas, sus características “estructurales”. De lo que hemos hablado aquí es, desde este ángulo, de la constitución política, organizativa e ideológica de las clases y fracciones en juego —ellas se fueron haciendo y transformando, durante y en medio de este patrón de alianzas y oposiciones—. En particular, el sector popular y la clase obrera encontraron en los sindicatos y —políticamente— en el peronismo, modalidades de constitución organizativa, ideológica y política que correspondían cercanamente a los vaivenes y a los límites de la situación. La movilización atrás de las demandas de la alianza defensiva, con sus metas precisas y su marco policlasista, obtuvo muchas veces un triunfo espectacular. Esto permite entender la particular combinación de una impresionante movilización popular con un economicismo de demandas que incluso recalcó —en prenda de alianza con la burguesía local— su rechazo a todo camino que pudiera implicar un salto de afuera del capitalismo. Fue, precisamente, ese militante economicismo el que, al entrar en fusión con las fracciones débiles de la burguesía, permitió las reiteradas victorias defensivas.

Por otro lado, los momentos de victoria política y de reversión —en cualquier dirección— del ciclo económico eran aquellos en que los actores en ese momento “ganadores” asaltaban al Estado, buscando fortalecer allí posiciones institucionales desde las que —como lo enseñaba una experiencia de la que tenían notoria conciencia— se pudieran librar, cuando la situación virara nuevamente, las futuras luchas. Por supuesto, los sindicatos no fueron excepción a esto; la historia de la alianza defensiva es también la de la extracción al Estado de importantes ventajas institucionales por parte de aquéllos. Estas, a su vez, reforzaban la posibilidad de volver a movilizar al sector popular. Ellas también permitían que los sindicatos abarcaran a la clase de una densa red organizacional y la canalizaran una y otra vez hacia un militante economicismo, hacia la alianza policlasista y hacia la esperanza pendiente de la otra vía capitalista que anunciaba —en un plano político que se ligaba íntimamente con éste⁶⁴— el peronismo.

(8) Estas fusiones multiplicativas de la alianza defensiva eran las que empujaban a la gran burguesía a abandonar a la burguesía pampeana a un solitario lamento por la caída de sus precios. Abrían, por una parte, el impulso hacia la reactivación económica y, por la otra, el abismo político de una movilización “nacional y popular” que de alguna forma tenía que ser reabsorbida. Al pendular en un momento hacia la burguesía pampeana y, momentos después, al apoyar el lanzamiento de una nueva fase ascendente del ciclo, la gran burguesía

⁶⁴ Incluso en lo que respecta a la decisiva importancia que tuvieron para éste los recursos económicos y organizacionales de los sindicatos.

no sólo optimizó en cada fase sus intereses económicos de corto plazo. También logró ser el único miembro estable de la alianza gobernante. Claro que en una fase lo era en conjunción con la burguesía pampeana y en la otra se encaramaba sobre la alianza defensiva. No dejó de ser la fracción dominante, pero las particulares condiciones que hemos reseñado implicaron que su dominación se desplazara continuamente en ese movimiento pendular. Al mismo tiempo, y por las mismas razones, los canales de acumulación entraban en repetidos corto circuitos. En estas condiciones, el capitalismo argentino tenía que girar mordiéndose la cola en espirales cada vez más violentas. Estas claves permiten entender a la Argentina como algo menos surrealista —aunque posiblemente más complicado— que lo que aparece en la superficie de su “inestabilidad política” y de su errático “desarrollo”.

Como supongo será claro, si en todo esto estábamos hablando de la constitución de las clases, también lo estábamos haciendo del Estado. Es desde esta perspectiva —que parte de, y vuelve a, la sociedad civil— que debe plantearse el problema del Estado; incluso, y claramente como pocos, el del Estado argentino.

VII. ESTADO

Ya me he extendido demasiado. Sólo puedo añadir algunas reflexiones indispensables. Como está implícito en todo lo ya dicho, por “Estado” entiendo no sólo un conjunto de instituciones (o “aparatos”). Incluyo también —y más fundamentalmente— el entramado de relaciones de dominación “política” (en tanto actuado y respaldado por esas instituciones en una sociedad territorialmente delimitada), que sostiene y contribuye a reproducir la “organización” de clases de una sociedad. Acerca del Estado como aspecto específico de la dominación ya he dicho bastante, por la negativa, respecto del caso argentino. Los penduleos de la gran burguesía y sus dificultades para subordinar al conjunto de la sociedad civil son indicación palpable de una continuada crisis de dominación política. También lo es su contrafaz, las recurrentes y parcialmente victoriosas fusiones de la alianza defensiva. De esto nació una democratización por defecto, que resultaba de las dificultades para imponer la “solución” autoritaria que siguió siendo buscada afanosamente, porque en ella parecía radicar la posibilidad de sacar al capitalismo argentino de sus espirales y de “poner en su lugar” a las clases subordinadas.

He hablado de “alianza gobernante”, término con el que aludo a la que impone, a través del sistema institucional del Estado, políticas conformes a las orientaciones y demandas de sus componentes. Los péndulos que hemos estudiado fueron el resultado inmediato de políticas estatales que precipitaban sus fases ascendentes y descendentes. A su vez, esas cambiantes políticas respondieron a una extraordinaria fluidez de las alianzas gobernantes, que se transformaban al compás y como consecuencia de los cambios de relaciones de fuerzas que subyacían al lanzamiento de una y otra fase. Ciertamente, la gran burguesía fue el miembro estable de las alianzas gobernantes, pero cada fase estaba marcada por la temporaria salida de sus anteriores “socios” y por su enganche en un diferente (y escasamente congruente con el anterior) circuito de acumulación. Por eso las políticas estatales no sólo fueron cambiantes; además casi nunca fueron real-

mente implementadas, porque no tardaban en ser revertidas por la dinámica de una sociedad civil que marcaba el ritmo que el estado bailaba.

Este fue un Estado recurrentemente arrasado por cambiantes coaliciones de la sociedad civil. En su nivel institucional, las pendulaciones fueron como grandes mareas que por un momento cubrían todo y que, cuando se replegaban, arrasaban consigo “pedazos” de ese Estado —ellos serían bastiones útiles para armar la nueva ola que no mucho después expulsaría a los que acababan de forzar el repliegue—. De esto resultó un aparato estatal extensamente colonizado por la sociedad civil. En él no sólo se aferraban las fracciones superiores de la burguesía sino también sus fracciones más débiles y parte de las clases subalternas —otra fundamental diferencia respecto del resto de los casos latinoamericanos, que sólo puede entenderse como consecuencia de las que hemos ido señalando en las páginas anteriores—. Las luchas de la sociedad civil se interiorizaban en el sistema institucional del Estado en un grado que expresaba no sólo el peso de las fracciones superiores de la burguesía sino también las particulares circunstancias que daban gran capacidad de resistencia y de victoria parcial a la alianza defensiva. Como consecuencia de esto, ese Estado colonizado fue también un Estado extraordinariamente fraccionado, que reproducía al interior de sus instituciones la democratización por defecto de una sociedad civil que encontraba allí palancas para seguir empujando sus espirales.

Ese Estado no podía “tomar distancia” respecto de las demandas y de los intereses inmediatos de cada alianza gobernante, por lo que sólo pudo reforzar los impulsos que nos han ocupado en este trabajo. Fue, por eso, un Estado débil. Como sostén del sistema general de dominación, por su continuo (y creciente) aflojamiento implicado por las movilizaciones del sector popular y el “poder de negociación” de los sindicatos. Como sistema institucional, por su colonización y fraccionamiento. Esto determinó que se bloqueara una salida posible de los ciclos: el desplazamiento hacia un capitalismo de Estado. Para ello no hubo —por las mismas razones que hemos analizado en este trabajo— el aparato burocrático medianamente estable y consolidado, y dotado de grados de libertad no despreciables frente a la sociedad civil, que hubiera sido el requisito para ello. Si, de nuevo por las mismas razones, esta condición necesaria no podía estar dada *ex ante* de cada cambio de alianza gobernante, tampoco podía emerger durante la precaria conflictualidad en que ésta debía desenvolverse. Otro gran obstáculo surgía de que, en el período de fusión de la gran burguesía con la burguesía pampeana, los “programas de estabilización” entrañaban un período de ofensiva “antiestatista”. Ella no sólo apuntaba a cortar drásticamente el déficit fiscal sino también a dismantelar los avances que en esa dirección podían haberse producido en la fase anterior, cuando la alianza defensiva había sido parte de la gobernante. Esos intentos sirvieron para bloquear cualquier tendencia hacia un capitalismo de Estado, al desarticular las instituciones que podían impulsarla y al desalojar a los “técnicos” que podían llevarla a cabo, sustituyéndolos por otros que desde el Estado se sumaban —mientras durara la alianza gobernante que los sostenía— a decisiones “antiestatistas”. En añadidura, las tendencias hacia el capitalismo de Estado que entrañaba la alianza defensiva encontraban su límite interno en las ambivalencias (y, frecuentemente, la oposición) del aliado estable de la alianza gobernante —la gran burguesía—. Y, por supuesto, también

tropezaban con el muro interpuesto por la extinción del impulso ascendente del ciclo y su reversión hacia un nuevo período “antiestatista”. No hubo mínima estabilidad en la alianza gobernante que contenía, al menos, algunos componentes consonantes con el capitalismo de Estado; viable o no, esta posibilidad quedó bloqueada *ab initio* por la dinámica de esta sociedad civil ⁶⁵.

Acatando la terminología corriente se puede decir, entonces, que en sus dos planos el Estado argentino del período que hemos analizado fue un caso de sumamente baja autonomía relativa. Su particularidad es que no sólo se movió fundamentalmente al compás de las fracciones superiores de la burguesía, sino que también expresó los flujos y reflujos de clases subalternas que pivotaban en su alianza con las fracciones más débiles de las clases dominantes. El límite de esta alianza (y, por lo tanto, el dato que muestra que esto no debe ser confundido con el lecho de Procusto de una “igualdad” entre esas fuerzas) fue que, por una parte, esta alianza debía compartir la alianza gobernante con la gran burguesía, y, por la otra, que sólo podía ser defensiva.

¿Podía esta alianza llegar a ser gobernante por sí sola, con exclusión de la gran burguesía (y, por su supuesto, de la pampeana)? Sólo un crudo mecanicismo podría llevar a creer que eso era imposible porque contenía lo más débil y lo menos capitalista del capitalismo argentino. De hecho eso ocurrió en 1973, cuando la alianza defensiva logró una tan extraordinaria como pírrica victoria.

VIII. EPÍLOGO PROVISIONAL

El experimento iniciado en 1966 fue, por un lado, el gran intento de reconstituir mecanismos de acumulación que subordinaran el conjunto de la sociedad a la gran burguesía, y, por el otro, necesaria y correlativamente, de implantar un sistema de dominación política que, dando un giro de ciento ochenta grados, se impusiera conquistadoramente sobre la sociedad civil. Ya he mencionado el colapso de ese intento y cómo esto abrió paso, por primera vez, para que la alianza defensiva conquistara el sistema institucional del Estado sin compartirlo con la gran burguesía. Esta historia reciente no puede hacerse aquí. Pero es necesario señalar que esa alianza sólo pudo ignorar brevemente la supremacía económica de la gran burguesía y de la burguesía pampeana; basta mirar los datos ya presentados para ver cómo tras una breve tregua en 1974, sus fluctuaciones volvieron a repetirse mucho más violentamente. Ya antes de la muerte del general Perón, el contenido intrínsecamente defensivo de esa alianza se había mostrado intergiversablemente. La vieja crisis se reprodujo con gravedad inu-

⁶⁵ Manteniéndonos siempre dentro de posibilidades que no presuponen un cambio de los parámetros de la situación, no puede ser ignorado que la política fiscal pudo haber amortiguado los ciclos en un grado que a su vez podría haber modificado muchos de los procesos políticos que hemos analizado. Pero la capacidad para extraer y reasignar recursos mediante instrumentos fiscales (no sólo los ya referidos gravámenes “eficientistas” sobre la tierra pampeana) presupone también estabilidad a mediano plazo de esos instrumentos, su efectiva implementación y una burocracia medianamente consolidada que puede “ignorar” la presión inmediata de los intereses afectados. Estos requisitos no podían ser satisfechos en medio de los movimientos pendulares y de la consiguiente colonización y fraccionamiento del sistema institucional del Estado.

sitada y la burguesía local tuvo que abandonar el barco sin poder evitar que sus organizaciones se hundieran con él. Por otro lado, la exacerbación del "poder sindical" no pudo ir más allá de repetir, con un peso que la retirada de la burguesía local hizo aún mayor, las prácticas que lo habían constituido en lo que era: agresivo economicismo y búsqueda de nuevas ventajas institucionales —pero ahora desde el corazón mismo del sistema institucional del Estado—. Esta pesada herencia de las victorias que lo habían llevado allí, por una parte abrió amenazantes hiatos hacia su propia clase y, por la otra, generó reacciones que cuestionan frontalmente la nada despreciable autonomía que los sindicatos —y, de rebote, el sector popular— mantuvieron a lo largo de este complejo proceso.

La muerte de Perón, una particular irracionalidad palaciega y una violencia que se realimentaba velozmente, contribuyeron a sacudir hasta sus cimientos a una sociedad que aceleraba las espirales de su crisis; lo mismo hicieron con un Estado que fracasaba ostensiblemente en garantizar la reproducción de ese capitalismo. Pero a aquellos factores subyacía el hecho de que cuando la alianza defensiva logró, por fin, ser por sí sola la alianza gobernante, tropezó con sus propios límites; las mismas razones que la habían llevado a ese extraordinario triunfo precipitaron una inmensa catástrofe. Junto con esto, la gran promesa pendiente de la vía "nacionalista" y "socialmente justa" de desarrollo fue, finalmente, sometida a prueba por la positiva —y, por su parte, muchas de las tensiones centrífugas de la alianza defensiva se dispararon violentamente en opuestas direcciones.

El gran triunfo de la alianza defensiva condujo, en síntesis, al paroxismo de la crisis política y económica, al reflujo de la ideología nacionalista, a la implantación de un nuevo Estado y a la disolución o intervención de las principales organizaciones del sector popular y de la burguesía local. Con todo lo cual, y por primera vez, los sustentos políticos, ideológicos y organizacionales de la alianza defensiva han sido puestos entre paréntesis. Esto ha hecho posible que actualmente las fracciones superiores de la burguesía tanteen una reacomodación a largo plazo sobre bases que presuponen una relación más igualitaria —entre ellas— que las de 1968-1969; el reverso de la moneda —y su requisito— es, precisamente, la dispersión de la alianza defensiva. Esto no implica que no pueda reforjarse esta alianza ni que la Argentina ya no retornará a las espirales que hemos estudiado. Pero para que ello ocurra la burguesía local tendría que emprender un azaroso camino de Damasco hacia el sector popular, y no es seguro que para entonces éste siga enmarcado por las coordenadas ideológicas y políticas que cimentaron a la alianza defensiva antes de su grande y catastrófica victoria.

El actual gobierno de las Fuerzas Armadas se ha inaugurado anunciando la terminación del período iniciado en la década de 1950. Esto lo han dicho todos los gobiernos, pero es la primera vez que es posible que así sea. En ese caso la historia no se habrá detenido, pero los conflictos que la tejen ya no serían los que hemos analizado aquí.